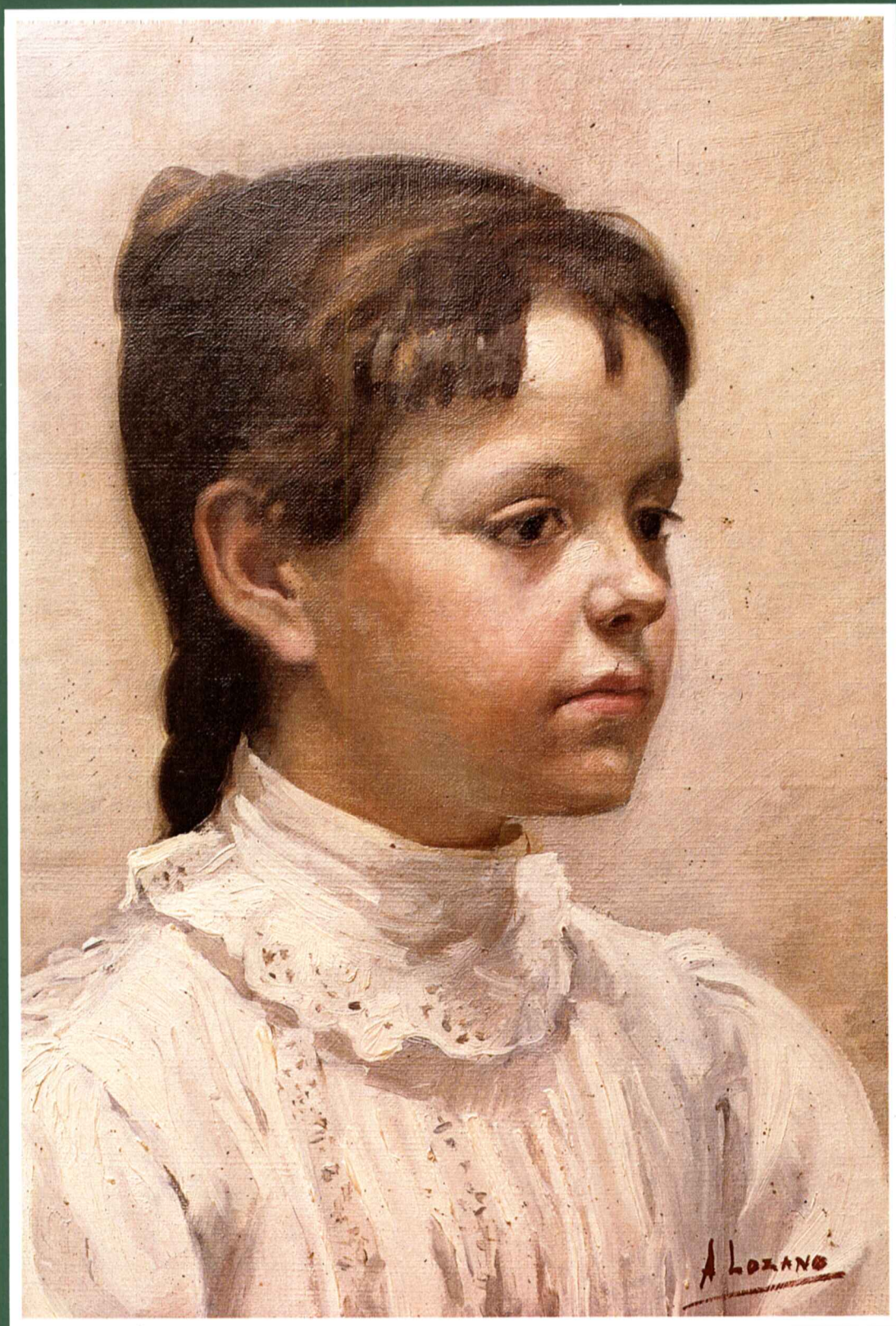


ADARVE



número especial dedicado a

Adolfo Lozano Sidro

en el 50 aniversario de su muerte

El Consejo de Redacción de ADARVE, al presentar hoy este número especial dedicado al insigne pintor prieguense Adolfo Lozano Sidro en el cincuenta aniversario de su muerte, muestra su agradecimiento a la familia del pintor que ha patrocinado esta edición especial: **Alfredo Calvo Anné, Araceli Calvo Lozano, M^a Loreto Calvo Lozano, Manuel Calvo Montañés, Amelia Calvo Montoro, M^a Dolores Calvo Montoro, Carmen Calvo Ramírez, Antonio Calvo Ramírez, Francisco Calvo Serrano, Araceli Calvo Serrano, M^a Mercedes Calvo Serrano, Amelia Fernández Lozano, Dolores Fernández Lozano, José M^a Fernández Lozano, María Fernández Lozano, Rafael Fernández Lozano, Herederos de José M^a Calvo Montañés.**

A **Francisco Zueras Torrens, José M^a Calvo Serrano, Angel Aroca Lara, José Gutiérrez López y Francisco Palomar,** por sus colaboraciones literarias.

Y al Seminario de fotografía por la cesión del material gráfico necesario: **Antonio Serrano Baena, M^a del Carmen Alvarez Carrillo-Nuño, José A. Bermúdez Pérez, Antonio J. Cobo González, Antonio Gómez Ramírez, José A. Gutiérrez López, Antonio Ribera Serrano, Eduardo López Molina.**

Portada: retrato de Araceli Calvo Lozano. Contraportada: ilustraciones de la novela "Pépita Jiménez"

ADARVE

DIRECTOR: Miguel Forcada Serrano. **SUBDIRECTOR:** Jerónimo Villena. **ADMINISTRADOR:** Antonio Jurado Galisteo. **CONSEJO DE REDACCION:** **Actualidad:** Jerónimo Agulló. **Cultura:** Jerónimo Villena. **Reportajes:** José A. García, Juan Carlos Pérez, Santiago Aguilar. **Municipal:** Miguel Forcada, Dora Castro. **Deportes:** Pedro Carrillo, Antonio Avila. **CORRESPONSALES EN BARCELONA:** Rafael Luque, Rafael Villena. **SECRETARIA:** Dora Castro. **PUBLICIDAD:** M^a Carmen Foguer. **FOTOGRAFIA:** Antonio Bermúdez, Antonio Gallardo, Arroyo Luna. **DOMICILIO:** c/ Antonio de la Barrera, 10. **Depósito Legal:** CO-15-1958. **IMPRIME:** Gráficas Adarve. Ubaldo Calvo, 10 - Bajo.

Presentación

LOS miembros del Seminario Permanente de Fotografía "Fuente del Rey" agradecemos a la Dirección de Adarve la oportunidad que nos brinda de dar a conocer nuestro trabajo sobre la vida y obra de D. Adolfo Lozano Sidro.

Al principio del curso 84-85, el Movimiento de Renovación Pedagógica "Marcos López" de Priego ponía en marcha siete grupos de trabajo entre profesores que deseaban actualizarse o perfeccionarse en las nuevas técnicas que hoy nos exige en muchas áreas la enseñanza.

Poco después la Junta de Andalucía puso en marcha y prestó ayuda económica a esta idea a través de los llamados Seminarios Permanentes de Perfeccionamiento del Profesorado.

Uno de estos grupos de trabajo es el Seminario Permanente de Fotografía. Entre los trabajos prácticos que el Seminario abordó, el curso pasado, estaba el poseer una colección de diapositivas que se pudieran proyectar en las clases de todos los Colegios de Priego sobre la vida y obra del pintor prieguense D. Adolfo Lozano Sidro, muy desconocido para muchos mayores y más aún para los alumnos que ahora cursan E.G.B. Nuestra idea era hacer una colección de 40 ó 50 diapositivas de sus cuadros, que, con su correspondiente comentario grabado formasen un montaje audiovisual que permitiera a los alumnos conocer y valorar a este ilustre prieguense tan olvidado y desconocido por sus propios paisanos. Nos pusimos a trabajar y nos encontramos con que la obra de este gran pintor era abundantísima y que la mayoría de esas obras las conocían poquísimas personas —familiares o amigos íntimos—. Nació entre los profesores del Seminario la idea de poder recopilar toda la obra para que al producirse próximas herencias, y traslados no quedaran en el olvido, dispersas y además desconocidas al resto de sus paisanos. Nuestra idea nos desbordaba económicamente pues las obras de D. Adolfo que podremos recopilar se aproximan a las 1.500 y el costo de esas diapositivas en color o blanco y negro es muy importante y muy fuera de nuestros medios económicos. El Seminario expuso su idea al Excmo. Ayuntamiento que la acogió muy favorablemente y aportó al Seminario la ayuda suficiente —250.000 pts.— para que se puedan realizar tres copias de cada obra. Dos copias para el Ayuntamiento y una para el Seminario de Fotografía. En esta tarea trabajamos el curso pasado y seguiremos este curso hasta terminar de recopilar, catalogar y ordenar toda la obra pictórica de D. Adolfo.

Al plantearse el Excmo. Ayuntamiento y la Excma. Diputación la confección del estupendo catálogo que se ha editado para las exposiciones en Priego —este verano pasado— y en Córdoba desde el 13 al 21 de Octubre —coincidiendo con el Congreso Internacional de Modernismo celebrado en estas fechas— se utilizaron las diapositivas realizadas por el Seminario de Fotografía, así como las reproducciones que aparecen en este extraordinario de Adarve dedicado íntegro a D. Adolfo Lozano Sidro.

Con estas realizaciones creemos haber colaborado a que Priego guarde la obra de este ilustre prieguense y a que sus paisanos de hoy la conozcan más y mejor y los que nos sigan la puedan conocer.

El Seminario de Fotografía



Adolfo Lozano Sidro

En torno a la vida y obra de Adolfo Lozano Sidro

Por FRANCISCO ZUERAS TORRENS
*Numerario de la Real Academia de Córdoba.
De la Asociación Española de Críticos de Arte.*

Con gran emoción participo, por medio del presente escrito, en este número especial de ADARVE, conmemorativo del cincuenta aniversario de la muerte del gran artista Adolfo Lozano Sidro.

Además de aportar los necesarios datos biográficos, trataré de analizar y valorar lo que Adolfo Lozano Sidro fue en el panorama de la pintura española en general y de la ilustración en particular.

Para comenzar a valorar el firme criterio artístico de Lozano Sidro, se hace necesario recordar que, cuando él se asomó al mundo del arte, la pintura se desenvolvía dentro del género llamado "pintura de historia", impuesto de manera oficial a través del cauce de las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes. No solo por nostalgia del esplendor patrio, sino para marginar otros temas relacionados con la triste situación social española del final del siglo XIX.

Cuadros gigantescos, de cinco metros de ancho por tres o cuatro de alto, en los que se daba importancia grande a la fidelidad histórica y al rigor ambiental de indumentarias y escenarios. Cuadros efec-tistas, teatrales, que, por otra parte, abordaban temas digamos "necrológicos", de los que no se libraron los más grandes artistas. Mientras Casado del Alisal pintó a Ramiro el Monje, rodeado de las cabezas sanguinolentas de sus nobles oscenses decapitados, Rosales llevaría al lienzo a Isabel la Católica moribunda haciendo testamento. Y mientras Pradilla pintó a doña Juana la Loca ante el féretro de Felipe el Hermoso, Moreno Carbonero representó al Duque de Gandía ante el cadáver de la que fue su adorada reina.

Aunque Lozano Sidro no llegaría nunca a inclinarse por el cultivo de aquellas truculencias históricas de grandes dimensiones, que estaban de moda en su juventud, sí le interesó profundamente el género, por lo que tenía de alarde de composición a base de muchos personajes y de recreación de un ambiente. Interesándole de todos aquellos "pintores de historia", José Moreno Carbonero, el gran artista malagueño.

Precisamente, el maestro que llegaría a hacer de Lozano Sidro un importante pintor. Primero, siendo niño, despertando definitivamente su vocación y, después, con su magisterio directo, como veremos. Un gran maestro este Moreno Carbonero —tan solo doce años mayor que Lozano Sidro—, además de un supremo caso de precocidad artística. Con dieciseis años había obtenido en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1876 una tercera medalla y dos años más tarde obtendría una segunda. En la Nacional de 1881, cuando solo tiene veinte años, se le otorga a Moreno Carbonero con todos los honores la primera medalla, por su cuadro histórico titulado "El Príncipe de Viana", y



Lozano Sidro

tres años más tarde otra por "Conversión del Duque de Gandía".

Se puede asegurar, pues, que Adolfo Lozano Sidro fue pintor —y lo fue tan bueno— por este José Moreno Carbonero. El pintor malagueño no solo sería el que deslumbró al joven prieguense, hasta el extremo de desencadenar su vocación pictórica, sino el que le hizo ver que la pintura ha de desenvolverse sobre el firme cañamazo del dibujo, al mismo tiempo que le infundía el concepto de "pintor total", y no especialista en paisajes, bodegones o retratos, como entonces era frecuente en los pintores.

Moreno Carbonero inculcaría en el joven artista de Priego el polifacetismo que pondría de manifiesto a lo largo de su carrera de pintor.

Tras estos antecedentes, llevando la cosa por partes y dando un paso atrás, recordaré que el padre de Adolfo Lozano Sidro, el magistrado don José María Lozano Alcalá-Zamora, también prieguense, no solo no se tomó en serio sino que en principio se opuso rotundamente a las infantiles inclinaciones artísticas del joven Adolfo. Su decisión era la de que estudiara el Bachillerato, para luego hacer la carrera de Derecho.

La familia José María Lozano Alcalá-Zamora, Araceli Sidro de la Torre y sus hijos se trasladó a Málaga, en aquella sucesión de cambios, que antes habían llevado al magistrado de Almodóvar del Campo a Cabra. Y en Málaga es donde José Moreno Carbonero, indirectamente, hace cambiar el rumbo de la radical orientación paterna. A los pocos días de

llegar y deslumbrado por el ambiente artístico de la capital malagueña, Adolfo Lozano Sidro visita, acompañado de su padre, una exposición de cuadros de Moreno Carbonero. Y es tal la emoción que le produce aquel alarde pictórico, que el niño Adolfo llora ante las obras expuestas, proclamando que él quiere llegar a hacer algo parecido.

A don José María Lozano le debió impresionar esta expresión emocional de su hijo —al que sabe bien dotado, intuitivamente, para el arte pues no en balde le ha visto realizar infinidad de dibujos en Priego y en Cabra—, puesto que accede desde aquel momento a que haga compatibles los estudios de Bachillerato con los artísticos. Pero con la condición de que, terminados los estudios secundarios, iniciará la carrera de Derecho.

En aquellos momentos funcionaba en Málaga una de las más prestigiosas Escuelas de Bellas Artes de España —posiblemente, dentro de la categoría de estudios no superiores, ésta y la de Córdoba, fundada por Romero Barros, eran las mejores—, en cuyo claustro figuraban, además de José Moreno Carbonero, el gran pintor valenciano Antonio Muñoz Degraís, el almeriense-cordobés Joaquín Martínez de la Vega, etc. Y en aquel centro estaba como profesor José Ruiz Blasco, oriundo de Córdoba y padre de un niño llamado a ser el genio del arte del siglo XX: Pablo Ruiz Picasso. Un niño insólitamente precoz, nueve años más joven que Lozano Sidro, que bullía por la Escuela haciendo dibujos y hasta un cuadro titulado "El picador", que asombró a todos.

Lozano Sidro asiste a esta Escuela, pero su cada día más arraigada vocación le lleva a conseguir de su padre el poder simultanear los estudios en este centro con los particulares, en el propio estudio de su admirado Moreno Carbonero.

El joven artista de Priego vive intensamente el mundo de la pintura y el dibujo, de la composición y la anatomía artística al lado de su maestro, mientras se forja una amistad entre profesor y discípulo verdaderamente entrañable. Amistad que permanecería inalterable a lo largo de sus respectivas vidas, que, por cierto, sería más larga la de Moreno Carbonero, que sobreviviría a Lozano Sidro en siete años.

Pero Adolfo Lozano Sidro se ve obligado a abandonar Málaga, siguiendo a su padre que había sido destinado a la Audiencia de Granada. El traslado a esta ciudad, y sobre todo la separación de Moreno Carbonero, supondría un duro golpe, en lo artístico, para el joven Lozano Sidro. En la bella ciudad de los Cármenes, de entrada, no tiene más remedio que complacer a su padre iniciando los estudios de Derecho, que van muy mal desde el primer momento, como lo demuestra la

carta del catedrático don Fernando Brieua a don José María Lozano Alcalá-Zamora, en la que le comunica que, a pesar de la amistad que les une, no tiene más remedio que suspender a su hijo, puesto que no estudiaba nada.

Por otra parte, el desgajamiento del joven Adolfo del ambiente artístico malagueño le lleva al desconcierto estético —esto se deduce en las obras realizadas en este período—, consecuencia de los opuestos caminos que se iban abriendo en la pintura española. Junto a la forzada continuidad de la "pintura de historia", estaba vigente el *naturalismo costumbrista* reflejo de escenas populares. Y paralelamente a la moda del *Impresionismo*, con su preocupación por la luz y la pincelada movida y brillante, tomaba auge un *naturalismo realista*, de intencionalidad socio-política, encaminado a poner de manifiesto la triste situación de los trabajadores.

Por otra parte, las revistas ilustradas difundían ejemplos de la aparición en Cataluña del *Modernismo*— adecuación del "art nouveau" francés— con un amplio sentido de lo alegórico. Como es lógico, Lozano Sidro, en período de formación, no sabe a qué carta quedarse. Y el desconcierto se le acentúa al ver que mientras en Málaga ha podido estudiar sobre arquetipos de todos estos caminos —la "pintura de historia" y otros temas de Moreno Carbonero, el paisaje entre impresionista y romántico de Muñoz Degrain, el naturalismo costumbrista con dibujos sociales de Martínez de la Vega, etc.—, en Granada todo gira en torno a una exaltación típica de lo andaluz.

Los mejores pintores granadinos se habían ido abocando a las visiones de lo folklórico, eso sí, con gran sensibilidad y dominio del oficio. Andaluzas guapas cubiertas con floridos mantones y gitanas del Sacromonte son llevadas al lienzo por López Mezquita y Rodríguez Acosta, mientras que Gabriel Morcillo se aferra a las evocaciones coloristas del mundo de la morería.

Adolfo Lozano Sidro trata de superar su desorientación, dibujando sin cesar, consciente de que en el dibujo está la semilla del arte. De este apasionamiento febril por el dibujo dan fe las docenas y docenas de apuntes a lápiz y a tinta que realiza, de personas, animales y aspectos callejeros —impresionante colección, conservados en carpetas, que tuve el honor de admirar, en la casa de sus herederos—, apuntes realizados en cualquier papel. Incluso en el dorso de los "exhortos" judiciales del despacho de su padre, a manera de una reafirmación simbólica de su indeclinable vocación artística, que se alzaba frente a la imposición paterna de unos estudios jurídicos que no le gustaban.

Y Lozano Sidro trata de superar su desconcierto inscribiéndose en el Círculo Artístico de Granada, donde conecta con jóvenes artistas de su edad y mayores. Entre éstos, con Ruiz de Almodóvar —que, por cierto, retrataría al joven artista de Priego, con aires de hombre elegante— artista éste que introduciría a Lozano Sidro en los estamentos culturales granadinos.

Concretamente el artista de Priego establecería contacto y forjaría amistad con los escritores y artistas que iban por el camino de la Fuente del Avellano, junto al Darro y a los pies de la Alhambra, a manera de rito cultural. Costumbre que había dado lugar a la creación de la

Cofradía del Avellano, por parte de Angel Ganivet —el gran literato precursor de la llamada Generación del 98, el primero que, con Unamuno, cultivó el ensayo en España—, que tenía sus actividades, junto a la fuente como cátedra al aire libre para leer versos y exponer proyectos. Cofradía de la que era uno de sus personajes principales el pintor Gabriel Ruiz de Almodóvar —que inmortalizó a Ganivet en un bello retrato—, que se había erigido en protector de Lozano Sidro.

Pero de pronto Adolfo Lozano Sidro recibe en Granada un decisivo impacto orientador, con la llegada en 1894 del gran pintor y dibujante catalán Ramón Casas. Llega a Granada con la doble aureola de haber vivido en París en conexión con Toulouse-Lautrec y otros postimpresionistas, y haberse convertido en Cataluña en una de las cabezas visibles y más representativas del nuevo movimiento llamado Modernismo.

Ramón Casas debió pontificar de lo lindo acerca de cómo los grandes artistas franceses —Pierre Bonnard, Toulouse Lautrec, etc.— habían bajado de su pedestal para dedicarse a realizar ilustraciones y pintar carteles. Y de cómo el Modernismo Catalán seguía estos mismos pasos, aportando Ramón Casas sus propios ejemplos de ilustrador de la revista barcelonesa "Pél y Ploma" y de autor de carteles anunciativos del "Anís del Mono" o del "Sanatorio para sifilíticos", de la barcelonesa calle de la Bonanova.

A Lozano Sidro debió impresionarle este concepto de proyección social del arte, aquel compromiso con lo inmediato, sin establecer jerarquías ni en los temas ni en las técnicas. Por lo menos así lo demostraría pronto en la aventura madrileña que no tardaría en producirse.

Porque muy poco después de la visita de Casas a Madrid, marcharía definitivamente Lozano Sidro, después de abandonar los estudios de Derecho. Posiblemente contribuyó a esta decisión de marchar a Madrid la noticia de que su recordado maestro, José Moreno Carbonero —trasladado a la capital de España como catedrático de la Escuela Superior de Bellas Artes de San Fernando—, había abierto

una academia particular.

Deseoso de completar su formación y abrirse paso, lo primero que hizo Adolfo Lozano Sidro al llegar a la Villa y Corte fue acercarse al estudio que Moreno Carbonero había abierto en el número 5 de la calle de Miguel Angel, cerca del Paseo de la Castellana. Y también nada más llegar toma conciencia de que no hay otro camino para darse a conocer que el de las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes. Las paulatinas obtenciones de tercera, segunda y finalmente primeras medallas —tras el obligado primer escalón de la "mención honorífica"— suponían el espaldarazo de un artista.

El único cauce para consolidar una fama de pintor era el de las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes, desde que Isabel II las creó en 1856, imponiéndose en la primera de estas ediciones la "pintura de historia", galardonando a Eduardo Cano por su "Cristóbal Colón en la Rábida" y a Luis de Madrazo por "Don Pelayo en Covadonga". Un concepto que estaba vigente todavía cuando Lozano Sidro llegó a Madrid, tanto por razones intelectuales —la pasión por las ciencias históricas muy de moda en aquellos momentos— como porque en aquellos momentos de crisis sociopolítica la "pintura de historia" se obstinaba en dotar al presente de un pasado glorioso.

Aunque bien es verdad que muchos artistas jóvenes, inquietos —Lozano Sidro entre ellos— se resistían a participar en este sistema de promoción de artistas, por lo que tenía de sometimiento al gusto de los jurados, que durante años no consideraban otros cuadros premiados que los exaltadores de la grandilocuencia histórica.

Por fin, Lozano Sidro, que acaba de cumplir veinticinco años, se decide a participar en la Exposición Nacional de Bellas Artes, correspondiente a 1897.

El joven artista de Priego no cae en el género histórico, sino que pinta un cuadro de temática religiosa, titulado "Santa Teresa a los pies de Jesús", en el que con los inevitables ecos de la estética de su maestro, afloraba ya una poderosa personalidad. Gran emoción debió experimen-



Tertulia de amigos. En el centro, sentado, A. Lozano Sidro

tar Lozano Sidro al ver admitido su cuadro en el Palacio de las Artes e Industrias, escenario de aquella Exposición Nacional de 1897, que sería inaugurada solemnemente el día 25 de Mayo, con asistencia de la reina regente, la familia real y las autoridades. Y más emoción sentiría al recibir, días más tarde, un espectacular diploma comunicándole que "Don Alfonso Lozano Sidro recibe una Mención Honorífica, concedida por la Reina Regente". Aquel documento firmado por el Ministro de Fomento, inundaría de alegría a Lozano Sidro, al ver que entre el millar de obras expuestas, su obra había sido valorada de tal manera. Como también se llevaría una gran alegría, al ver que su amigo y condiscípulo malagueño, Pablo Ruiz Picasso, obtenía análoga distinción por su cuadro "Ciencia y Caridad".

Este triunfo en la primera Exposición Nacional a la que se presentaba, anima al artista de Priego, que se debate en Madrid entre inquietudes y desánimos. Moreno Carbonero cierra su academia particular y aunque éste le aconseja que haga estudios "por libre" en la Escuela Superior de Bellas Artes de San Fernando —cosa que iniciaría, obteniendo diplomas de primera y segunda clase—, Lozano Sidro tiene la inquietud de profundizar en los conceptos del Impresionismo, y pasa breve tiempo en el estudio de Joaquín Sorolla, el gran maestro del luminismo y la pincelada movida y deshecha.

Entre el capítulo de los desánimos estaba su mala situación económica. Lozano Sidro había conseguido una pensión de la Diputación de Córdoba —por lo visto, a raíz de una exposición de sus cuadros que celebró en esta ciudad de 1892— pero, por extrañas razones no llegó a percibir el importe de la misma. Y así, las dificultades económicas fueron tan grandes que tuvo que dedicarse a pintar postales y abanicos, cumplimentando encargos que le hacían diversas casas comerciales.

No obstante, Adolfo Lozano Sidro sigue pintando al óleo, pero también profundiza en las técnicas de la acuarela y el temple, que le son necesarias para el desenvolvimiento de aquella labor digamos "comercial" de pintar abanicos y postales, que no le avergüenza en lo más mínimo, pensando que a su recordado Ramón Casas no le producían rubor alguno la realización de carteles anunciativos de anís o de sanatorios para enfermos de sífilis.

Por el contrario, Lozano Sidro está decidido a profundizar en el campo de la ilustración, y comienza a llevar al papel escenas de la vida cotidiana y de acontecimientos sociales, y a realizar composiciones alegóricas susceptibles de ser utilizadas para el cartel o para portadas de revistas. Es consciente de que en este campo puede alcanzar un elevado puesto, ya que Madrid, que siempre había contado con lujosas revistas ilustradas, contaba, desde 1891, con una bellísima publicación titulada "Blanco y Negro", creada por el Marqués de Luca de Tena.

Esta revista convocaba frecuentemente concursos de portadas, y Lozano Sidro gana los correspondientes a los años 1902 y 1904, ingresando como colaborador, después de estos éxitos, en esta publicación y en el diario "ABC" de la misma editorial Prensa Española. El gran artista de Priego había dado, por fin, el gran salto hacia la popularidad y el prestigio artístico.

Llegar a ser ilustrador de "Blanco y Negro" no era cosa fácil que digamos.

Gracias a esta revista, de gran contenido literario y artístico, la ilustración había sido tomada muy en serio, y pintores de toda España habían ido llegando a Madrid con el fin de tratar de situarse dentro del género, como los también cordobeses Angel Díaz Huertas y Tomás Muñoz Lucena, el murciano Inocencio Medina Vera, el gijonés Juan Martínez Abades, el valenciano Cecilio Plá, el alcoyano Emilio Sala, etc.

Adolfo Lozano Sidro llegaría pronto a ser uno de los más conocidos y admirados. Para mí el mejor, seguido de Díaz Huertas y del madrileño Méndez Bringa. Por su rotunda personalidad y por su flexibilidad expresiva, ya que el artista de Priego supo conectar como ningún otro, tanto con el espíritu del Modernismo —a través de aquellas portadas de gran fuerza decorativa y publicitaria—, como con el costumbrismo popular y la crítica irónica dirigida al mundo decadente de ciertas clases acomodadas, que configuraban las ilustraciones de las páginas interiores.

Por todo esto, la figura de Lozano Sidro se fue haciendo popular en Madrid, con su vestir elegante y sus botines grises, que le daban aspecto de ilustrado europeo en versión de la "belle époque". Con su talante liberal, carácter afable y extremada delgadez —por aquellos primeros años del siglo su salud ya no era buena—, y su expresiva cabeza de intelectual, de frente despejada, nariz aguileña y poblado bigote.

Además del afecto popular, Lozano Sidro se había granjeado en Madrid grandes amistades con artistas, que le querían y admiraban tanto por su arte como por su fabulosa calidad humana. Por esta época uno de sus mejores amigos era el notable pintor madrileño José Bermejo, cinco años mayor que el artista de Priego, que hizo todo lo posible por ayudarle en su situación económica, pues era hombre de bienes materiales. Por ejemplo, al llegar Lozano Sidro a Madrid se alojó en una modesta vivienda de la calle de San Mateo, en el sector de Fuencarral, y Bermejo le ofreció una casa más lujosa en la calle Mendizábal de la que era propietario. Adolfo Lozano se resistía a este traslado, por dificultades económicas; José Bermejo le convenció dejándole el importe del alquiler en el mismo precio que pagaba en la calle de San Mateo.

Gran amistad admirativa la de Bermejo con Lozano Sidro, que repercutiría en el terreno de lo artístico. Al pintor madrileño le interesaban mucho los planteamientos estéticos, entre populares y sociales, del artista de Priego, y tanto fue así que el cuadro que consolidaría la fama de José Bermejo, titulado "El cafetín" —que obtendría primera medalla en la Nacional de 1926— tenía una clara influencia de Lozano Sidro. Era una composición a base de cuatro figuras sentadas, dos mujeres y dos hombres de condición humilde, y dos airoosas mozas de rompe y rasga, de pie ante el mostrador, en la que estaba latente el espíritu del artista prieguense.

También tuvo gran amistad con los portugueses afincados en Madrid, César y Eugenio Alvarez Dumont, notables pintores e igualmente gozó de la amistad de sus paisanos Julio Romero de Torres y Mateo Inurria —sobre todo desde que fijaron su residencia definitiva en Madrid, en 1907 y 1912 respectivamente—, y de un buen pintor vallisoletano, Anselmo Miguel Nieto, amigo de Romero de Torres e implicado también en la aventura plástica del Moder-

nismo. Y de los ilustradores de "Blanco y Negro", su mejor amigo fue Narciso Méndez Bringa, madrileño, quizás porque aparte su faceta de ilustrador tenía la de buen pintor al óleo con la que había sido galardonado en las Nacionales.

Tras los triunfos de "Blanco y Negro", la situación de Lozano Sidro se había dignificado en lo económico, viviendo ya, como he dicho, en la casa de su amigo Bermejo. Soltero a perpetuidad, Adolfo Lozano Sidro vive con sus hermanas Araceli y Marina —aunque las demás hermanas Amelia, Mercedes y Margarita, así como sus sobrinas y sobrinos estuvieron siempre pendientes de él—, clima familiar que le fue propicio en todo momento para estas creaciones ilustrativas, cada día más abundantes.

Y para las de la "pintura de caballete", en la que sigue profundizando, mezclando los ingredientes de Moreno Carbonero y Sorolla, en el crisol de su ya poderosa personalidad, con la que iría alcanzando éxitos. Por ejemplo, en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1910, celebrada en los Palacios del Retiro —inaugurada el 4 de Octubre por el Rey, la familia real y autoridades— presentó un bello cuadro, "El Caballero Andante", y obtiene por unanimidad del jurado una tercera medalla. En aquella polémica Nacional, en la que se protestaron las primeras medallas —y fue marginado el cuadro "Retablo del amor", de su paisano y amigo Julio Romero de Torres, entre el escándalo de los intelectuales—, la obra de Adolfo Lozano Sidro fue una de las más generalmente aceptadas, por los entendidos y el público.

Pero Lozano Sidro sigue cada vez más apasionado por los cuadros de pequeño formato, realizados al temple sobre papel, tratados con el rigor y altura artística de un gran cuadro al óleo. Con obras de este corte realiza una nueva exposición en la Sala Vilches en 1912 —había celebrado otra en 1908 en esta misma sala— que dan medida definitiva de la grandiosa personalidad alcanzada por Lozano Sidro en este género, afín a lo ilustrativo. Pequeños cuadros de composición abigarrada, tratados con suma gracia, reflejo fiel de la vida ciudadana, realizados, unos, con un trasfondo poético, y otros con intención satírica, que hacen las delicias del público visitante a la Sala Vilches.

Estampas las realizadas por Adolfo Lozano Sidro, tanto del mundo aristocrático como del pueblo llano que trabaja, sufre y se divierte como puede. Lujosas fiestas de sociedad con el protagonismo de bellas mujeres que se ven asaetadas por galanteadores deslumbrantemente uniformados, ante el cotilleo y la mirada envidiosa de viejas señoras tan lujosa como ridículamente ataviadas.

Los palcos del Teatro Real, ocupados por señoras elegantonas que van a la ópera para exhibir estúpidamente su dinero. Las fiestas de Palacio en rutilantes escenarios barrocos, y las señoras gordas y bigotudas que van en Semana Santa vestidas de máscaras. Los ricos señores de mirada displicente, envarados en sus trajes de etiqueta, perdiendo el tiempo en fiestas y bailes, sin otro fin que enamorar a alguna damisela.

Y junto a este mundo aristocrático o burgués, el mundo de lo popular, que Lozano Sidro trasladaba al papel con emocionada ternura. Las pobres gentes que pueblan los andenes esperando el paso del tren mixto, o las que hacen cola en las casas de préstamos. El tumulto del

paseo de Rosales en un día primaveral, y el mundillo de lo intelectual con los inacabables discursos a los postres de un banquete de homenaje, o las encrespadas discusiones de la tertulia cafeteril.

Estas escenas costumbristas, expuestas en la Casa Vilches, causaban verdadera sensación tanto por su sentido testimonial como por su personalidad estética. Y es que Adolfo Lozano Sidro había logrado crear un estilo propio, inconfundible, fruto de muchas asimilaciones de artistas extranjeros y españoles, erigidos también como cronistas de la realidad vista con sentido digamos "cinematográfico". Por una parte, la influencia de los franceses Toulouse Lautrec, Lelong y Doumerge, y el norteamericano Gibson. Y por otra, la de los catalanes Ramón Casas y Ricardo Opieso; este último especialista en trasladar al papel, con sentido irónico, inconcebibles aglomeraciones de gente. Ingredientes estos fundidos sabiamente en el crisol de la peculiar sensibilidad cordobesa de Lozano Sidro, y aderezados con los grandes conocimientos pictóricos adquiridos junto a Moreno Carbonero y Sorolla.

El prestigio de Lozano Sidro como ilustrador llega al cénit en la década 1920-1930, al encomendarle la dirección de "Blanco y Negro" la realización de una enorme cantidad de dibujos para ilustrar textos de novelas que se publicaban por entregas en esta revista. Realiza ininidad de dibujos para ilustrar 36 capítulos de la novela "Annunziata", de Meryan; muchos para ilustrar "La Gloria", de Ortiz de Pineda; "Basta", de Eduardo Marquina. Y muchas ilustraciones más para las series "El triste amor de Mauricio", "El amo del Simún", "El soldado de la Legión", "El capitán de las esmeraldas", "Las tres reinas magas", y un largo etcétera.

Además de su espléndida labor como autor de portadas para esta revista, de concepto acorde con el sentido altamente decorativo del Modernismo, resuelto de manera muy personal, aunque a veces tuviera que recurrir al ornamentalismo del anglosajón Aubrey Beardsley, tan influyente para los artistas modernistas de toda Europa.

Por este exceso de trabajo y por su manera de ser inclinada hacia la intimidad, Lozano Sidro sale muy poco de su piso del número 42 de la calle Princesa, al que se ha trasladado y donde vive con su hermana Marina. No obstante él quiere "vivir la calle", conectar con la realidad para llevarla al papel con fidelidad y hondura. No quiere seguir el ejemplo de su colega, amigo y paisano Angel Díaz Huertas, que era un misántropo que a veces se reclusa durante días en su piso madrileño —tocando la guitarra, instrumento que dominaba— y no tenía más contacto con el mundo exterior que a través del ordenanza que Luca de Tena le enviaba para recoger sus ilustraciones.

Lozano Sidro, por el contrario, se esforzaba por estar en contacto con el mundo madrileño. Aunque, dado su carácter discreto y poco expansivo, no es fácil reconstruir la vida en Madrid del artista prieguense, he podido reunir algunos datos. Cuando escribí en 1974 la biografía de Julio Romero de Torres, algunos de los amigos suyos que aún vivían —como el escultor Sebastián Miranda y el escritor Antonio Díaz Cañabate— me facilitaron datos del pintor cordobés y de su círculo de amigos, entre los que se encontraba Lozano Sidro.

Y así puede saber, por ejemplo, que cuando el artista de Priego vivía en la calle de San Mateo, se acercaba alguna vez a la Taberna del Barbas, de la cercana calle Fuencarral, donde iba Julio Romero, Solana y otros pintores. Cómo frecuentaba una sala de exposiciones, que había en el número 20 de la misma calle, donde convivían plásticamente los pintores más opuestos —Fortuny, Ricardo Baroja, Solana, etc.—, por lo que era el lugar preferido por los artistas jóvenes como Lozano Sidro.

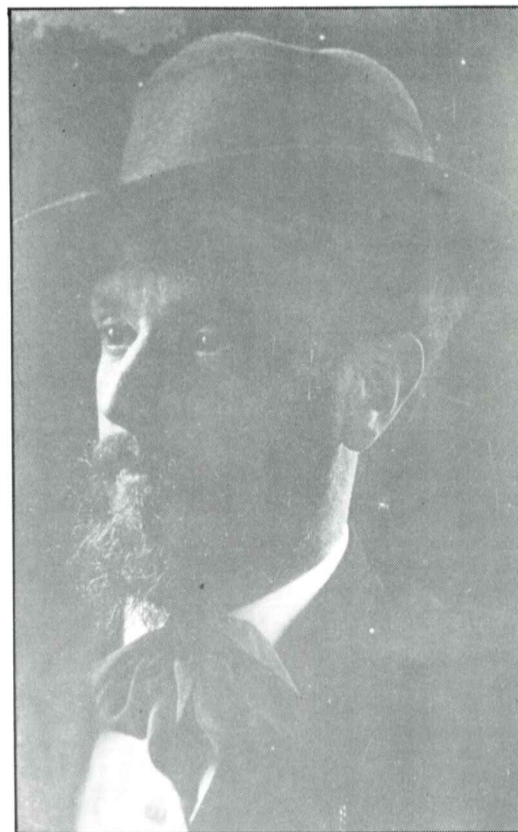
Cómo también, a pesar de su carácter retraído, asistía, aunque no de una manera habitual, a alguna de las muchas tertulias intelectuales del Madrid de entonces —Café Nuevo Levante, Pombo, Maison Doree, Fornos, Granja del Henar, etc.— donde se discutía y pontificaba sobre todo lo divino y humano. Adolfo Lozano Sidro, según me dijo Sebastián Miranda, iba por la del Café Nuevo Levante, del número 15 de la calle del Arenal, a la que acudían los hermanos Ricardo y Pío Baroja, Ignacio Zuloaga, José Gutiérrez Solana, el dibujante Rafael de Penagos, Anselmo Miguel Nieto y otros muchos artistas y escritores relacionados con el Modernismo, que se reunían en torno a Ramón del Valle Inclán. El artista de Priego aparecía por esa tertulia, preferentemente, porque eran contertulios fijos sus amigos Julio Romero de Torres y Corpus Barga, aquel gran periodista llamado Andrés García de la Barga, madrileño de nacimiento pero oriundo de Belalcázar, que quería y admiraba mucho a Lozano Sidro.

Y asistía también y sobre todo a la tertulia del Círculo de Bellas Artes, de la calle de Alcalá, donde formaba grupo con Bermejo, los Alvarez Dumont, Inurria, Méndez Bringa, Anselmo Miguel Nieto y otros artistas. Allí viviría precisamente la problemática del arte del momento —feroz lucha entre "modernistas" y "anti-modernistas"—, sobre todo en la Sala de Exposiciones que poseía este Círculo de Bellas Artes, que era escenario de las más duras polémicas.

Famoso dentro del área del Modernismo, sobre todo por sus portadas de "Blanco y Negro", Lozano Sidro debió ser invitado en 1907 para exponer en esa sala, pero no se atrevió, haciéndolo en la Sala Vilches. Por cierto que en ese mismo año de 1907, lo hizo en dicha sala del Círculo de Bellas Artes su amigo, el pintor modernista Julio Romero de Torres, dentro del grupo denominado "Pintores Independientes" —con Solana, Regoyos, Ricardo Baroja y Anselmo Miguel Nieto—, despertándose la consabida polémica entre los academicistas y los modernistas.

Hablando de Julio Romero de Torres, se hace necesario destacar que la amistad con Lozano Sidro fue muy grande. El pintor de Córdoba invitaba al de Priego a cuantas reuniones importantes celebraba en su estudio de la calle Pelayo. Como la que organizó en 1926, que se hizo famosa en Madrid, con la lectura de temas populares andaluces del poeta José Carlos de Luna, que reunió a toda la colonia intelectual andaluza en la Villa y Corte, según me contó Sebastián Miranda, entre ella el pintor prieguense. Atenciones mutuas que llevarían a Lozano Sidro a proponer a Romero de Torres, para presidir un Concurso de Belleza convocado por la revista "Blanco y Negro".

Estos eran los contactos culturales de Adolfo Lozano Sidro en Madrid, además de sumarse a los homenajes que se



Adolfo Lozano Sidro

organizaban en honor de artistas que quería y admiraba. Como el homenaje que rindió el Círculo de Bellas Artes al gran pintor Antonio Muñoz Degraín, en 1922, al que había comenzado a admirar en Málaga siendo niño. Aparte esto, Lozano Sidro recorría calles y establecimientos varios de los barrios típicos del viejo Madrid, para extraer de ellos los tipos populares de sus dibujos, se acercaba al Palacio Real para documentarse, y asistía a algunas fiestas de la llamada "buena sociedad" —donde Lozano Sidro encajaba perfectamente por su innata elegancia—, para captar escenas de la ostentosa burguesía.

De espíritu refinado en relación con todas las artes, Adolfo Lozano Sidro iba al Teatro Real —donde cantaban Titta Ruffo, Caruso o Miguel Fleta—, recreándose en los entreactos con el análisis de lo que ocurría en los palcos y patio de butacas. Como iba —según se deduce de sus dibujos— a los teatros de la Princesa, Infanta Isabel, etc. donde actuaban las grandes figuras de la época —de Sara Bernhardt a María Guerrero— y a los del culto a lo andaluz, con Pastora Imperio en el Remea, o la Goya en el Lara.

Pero no solo era Madrid la fuente de inspiración de Lozano Sidro, sino que lo era también su Priego natal, ciudad en la que pasaba sus veranos, junto a sus familiares. Sus paseos por la maravilla del Adarve, Plaza de San Antonio, Bajondillo, alrededores de la Fuente del Rey; las salidas de misa dominiguera de la parroquia de la Asunción o los animados días de feria en la Plaza, sus contactos con viejos amigos prieguenses y sus gentes del campo, constituían otros grandes motivos de inspiración.

Lozano Sidro, con estas obras realizadas o inspiradas en Priego, rendía un



Año 1915: de izquierda a derecha, Francisco Ruiz Santaella, Alfredo Calvo Lozano, Adolfo Lozano Sidro, José Tomás Valverde Castilla, Antonio M^a Ruiz-Amores y Rubio y José M^a Calvo Lozano.

homenaje a las nobles gentes de la tierra que le vio nacer, a través de prodigiosas composiciones en las que representaba toda la fuerza telúrica de la Feria de Priego o de sus días de mercado; las canasteras y las gitanas vendedoras de flores de papel; los veloneros de Lucena y la niñera de casa rica cortejada por el aperador; los cortijeros y los parados, y las gentes que matan el tiempo en la taberna para olvidar sus problemas.

Como, enamorado de su tierra cordobesa, Lozano Sidro la exaltaría como nadie ilustrando la novela "Pepita Jiménez", de su admirado Juan Valera, el gran escritor y diplomático egabrense. Carmen, la sobrina del literato, decidió en 1920 publicar "Pepita Jiménez" en edición ilustrada, y pensó que nadie como Lozano Sidro podía llevar a cabo esta parte artística. Y así le hizo el encargo, siendo publicada en 1925, con verdadero lujo, por la editorial Calpe.

El gran pintor de Priego, captando plenamente el mundo de Juan Valera, hizo un verdadero retrato costumbrista de la época, a través de una veintena de acuarelas verdaderamente deliciosas —que nada tenían que ver ni con el mundo satírico ni con el del reproche social—, retratando el ambiente y los personajes que rodeaban a la protagonista. Retrató a Pepita, graciosa y bellísima, pero también a Luis de Vargas, el seminarista enamorado, y a

Antoñona, la criada y confidente. Reflejó plásticamente el cotilleo de la tertulia de doña Casilda y, en fin, todo el mundo humano y espiritual de la novela. Expresado todo en alardes de ambientación de muebles, indumentarias y pormenores arquitectónicos fielmente egabrenses.

La edición de este libro fue tal acontecimiento, que Lozano Sidro decidió hacer una exposición con los originales acuarelados de "Pepita Jiménez" —con algunas otras obras más de otros temas—, en la galería de moda en Madrid por entonces: el Salón Nancy, de la Carrera de San Jerónimo. La exposición asombró a todos, pues nadie concebía que un artista que publicaba en "Blanco y Negro" y "ABC" tantas y tan bien acabadas ilustraciones, tuviera tiempo para realizar acuarelas tan líricas, sentidas y documentadas como las de la obra de Valera.

Insólita labor la de Adolfo Lozano Sidro, ya que —y esto hay que destacarlo repetidamente— no quedó limitada a esta vertiente de ilustrador. El artista de Priego, "artista total", no abandonó jamás su otra faceta de pintor de caballete, de cuadros al óleo, en la que desde su primera época había realizado importantes creaciones, además de las galardonadas en las Exposiciones Nacionales, a que me he referido. Oleos, además, de las más distintas temáticas. Desde el plano de lo religioso — "Cristo Crucificado", "Santa Teresa",

"Anunciación"— hasta los temas exóticos, como "las diversiones del Sultán Selim", "Arabe" y "La mulata", pasando por tipos populares como "La espartera", "Gitana" o "El segoviano".

Lozano Sidro fue un pintor notable y en toda su dimensión. Lo que ocurrió es que su labor como pintor al óleo quedó empalidecida por su portentosa vertiente de ilustrador. Pintor que supo crear óleos maravillosos, definitivos, como "Saliendo de misa", prodigio de técnica pictórica pero también de emocionada espiritualidad y ambientación. Como fue un retratista espléndido, como lo demostró en los magníficos retratos de sus padres y hermanas, y retratando a su ilustre paisano don Niceto Alcalá-Zamora, que llegaría a ser Presidente de la Segunda República Española. Y hasta buen paisajista, como quedó patente en sus versiones al óleo de patios y jardines prieguenses.

Artista este Adolfo Lozano Sidro de insólita capacidad creadora, que no solo asomaba sus producciones a las revistas ilustradas, sino a las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes y a los Salones de Otoño. Un artista que recibió en vida grandes satisfacciones, además de la de contar con la admiración y popularidad generales. Fue galardonado en las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes, como he dicho. El cuadro premiado en la edición de 1897, "Santa Teresa a los pies de

Jesús”, fue solicitado para una Exposición Internacional de Méjico, y allí fue adquirido para una iglesia. En 1916 obtuvo Medalla de Plata en la Exposición Internacional de Bellas Artes, de Panamá, y al año siguiente la Reina María Cristina le adquirió una de sus obras. Y Lozano Sidro tuvo la satisfacción de ver que sus “gouaches” costumbristas, no solamente eran adquiridos por coleccionistas españoles, sino también de Berlín, Checoslovaquia, Brasil, Buenos Aires, etc.

Adolfo Lozano Sidro fue un excepcional artista y un trabajador incansable hasta el final de su vida. Que se produciría en su Priego natal, precisamente poco después de haber recibido otra gran satisfacción: la de triunfar en Italia. Un buen amigo suyo, el Marqués de Torrehermosa, diplomático español, invitó al pintor prieguense para que residiera durante una temporada en Roma, donde ejercía su misión oficial.

Lozano Sidro venció sus dudas, porque no se encontraba bien de salud, pero al fin aceptó la invitación. El contacto con la Ciudad Eterna hizo el milagro de animar su espíritu y reavivar su capacidad creadora, y pinta temples y realiza una gran cantidad de dibujos. Tan subyugantes que se vio obligado a venderlos todos, para complacer el entusiasmo admirativo de los italianos.

Poco después de regresar a España enfermó muy gravemente de epiteloma en la laringe, sometiéndose a tratamiento de radiación anticancerosa en Madrid. Adolfo Lozano Sidro decide trasladarse a Priego, con el fin de reponerse en casa de su hermana Amelia, viuda de Calvo, pero empeora día a día, extinguiéndose su vida a las seis de la tarde del día 7 de noviembre de 1935.

Desaparecía un artista verdaderamente importante, por su gran personalidad estética, abocada, por una parte a la exaltación de lo costumbrista, y por otra a la creación de composiciones alegóricas dentro del espíritu del Modernismo, que venían a ser el reflejo de lo que se dio en llamar la “belle époque”.

Un artista verdaderamente importante también por la proyección social de su arte. Ya que Lozano Sidro, comprometido con la problemática de la difícil época que le tocó vivir, hizo una crónica plástica de la misma, entre acusadora e irónica. Participando de las inquietudes de los intelectuales de la Generación del 98, que luchaban por hacer una disección crítica de aquella España que no les gustaba, al mismo tiempo que se preocupaban por dar una nueva visión del país en sus distintas peculiaridades regionales.

Fueron muchos los artistas que decidieron utilizar sus pinceles como bisturí, para tratar de sanar el cuerpo social, y Lozano Sidro fue uno de ellos. Al pintor de Priego también se le asfixió el alma ante la angustia de aquella visión de una España convertida en tierra de diferencias escandalosas, poblada por petulantés señorones y señoras perdiendo el tiempo en bailes y tertulias, y por campesinos y obreros abandonados a su suerte.

Y así, eligiendo el lenguaje de la fina ironía, del humor o del moderado sarcasmo —a veces más afectivo que el grito agresivo, que puede convertirse en demagogia—, el genial artista de Priego se convirtió, a través de sus temples y acuarelas en un certero escoliasta. En un incisivo censor de aquel panorama de altivez burguesa, de arrogancias fanfarro-

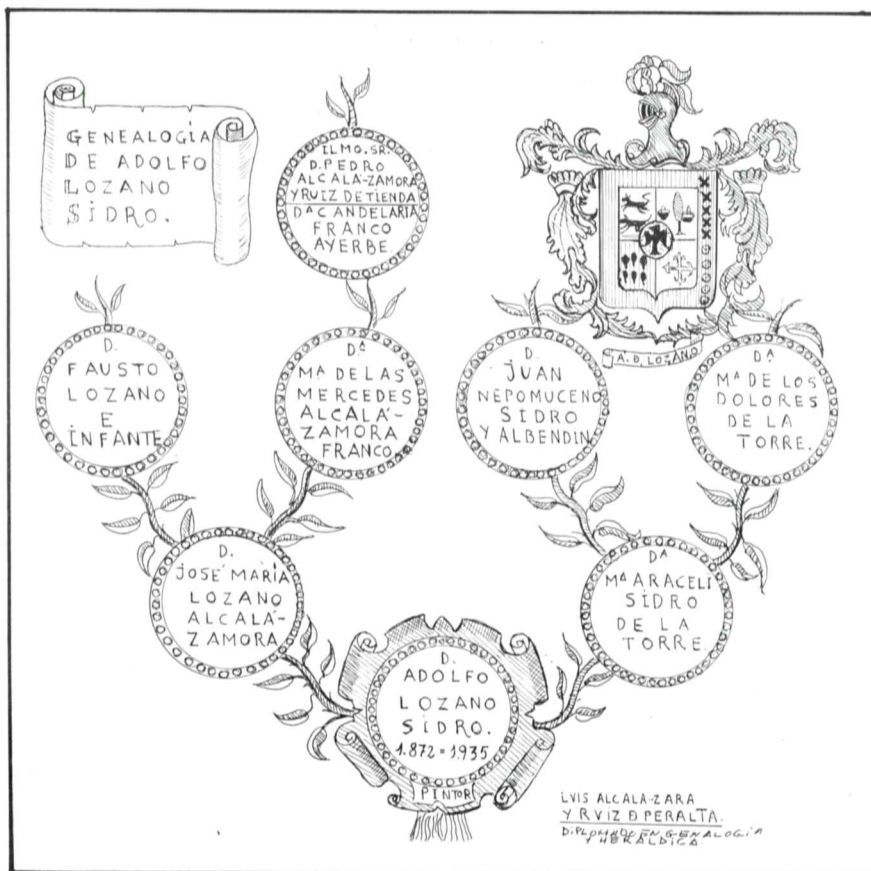
nas y cursis languideces, indiferente ante la problemática de la olvidada masa trabajadora, campesina o ciudadana.

En suma, un hombre importante este Adolfo Lozano Sidro, del que Priego, su ciudad de nacimiento, puede estar muy orgullosa. Entre otras cosas porque fue esta bella ciudad la que condicionó su arte. Ciudad artística por excelencia, que imprime carácter y estimula las inclinaciones

hacia el cultivo del arte —pensemos en otros prieguenses ilustres: el gran escultor neoclásico José Alvarez Cubero—, para luego ser ejercitadas con hondura y fidelidad a la tierra de origen. Sin duda alguna, Adolfo Lozano Sidro, a pesar de sus estancias en Cabra, Málaga y Granada, y de su largo afincamiento en Madrid, fue siempre fiel al medio étnico, social y cultural en que nació.



El pueblo de Priego asistió masivamente al entierro de D. Adolfo



“Carta secreta desde la torre”

Escribe: José María Calvo Serrano

Priego - Octubre, 1985

Querido tío Adolfo:

Te escribo después de tantos años, desde esta casa solariega —Carrera de las Monjas, 22— que fue tu alcázar, tu roca viva, tu refugio en verano, tu tumba. Lo hago, desde este lugar sagrado de tu estudio, lleno de penumbra, por donde se cuele la fina luz de la tarde, mientras los mismos pájaros de siempre hacen sus nidos en el magnolio que tus ojos vieron plantar.

Te fuiste, como el que jugando se esconde y espera acurrucado que alguien le busque. Yo te he buscado, desesperadamente, por esta casa años y años. Esta estancia vacía, desde que tú no estás, no es la misma. Con los años había ganado en hermosura. La savia que corría por ella la habían hecho más bella, si cabe. La magia de este patio porticado había convocado a un río humano de niños, un torrente de risas, música y canciones. La cascada de pies diminutos se entrelazaban con el beso y el abrazo: los aros, los triciclos, los lazos de colores, las meriendas, los zancos... Y junto a este “al-legro” sinfónico, siempre el contrapunto de alguna de las tías, con el dedo en los labios pidiendo silencio: “¡Callad, niños, la abuela duerme!” o, “está malita tía Amelia”... Era la armonía de la luz y la sombra. Era el ámbito de sentido, el equilibrio: la niñez con la vejez, la línea y la curva, la nota y el silencio, el humo y el eco... peremne diálogo de la vida con la muerte, todo lo que aquí pasa.

Desde que tú, arrancaste el vuelo, aquel 7 de Noviembre, la luz del sol ha fundido cuatro toldos del patio. Y más de mil camiones de leña devoró el frío del invierno. La fuente sigue cantando y la palmera sigue callando. Y no era más bella la luz que la sombra, al caer la tarde, mientras tía Araceli, o tía María nos daban el pan con chocolate. Y no era más bello el verano en el jardín, que el invierno junto a la lumbre...

Esta fue tu casa: torrente de luz y sombra. Yo he vivido más años en ella que tú, pero cuando tú te habías ido. Hoy te confieso en voz baja que esta casa ha vivido demasiado. Detrás de cada cosa hay otra que es la misma, idéntica y distinta y a un tiempo extraña. Yendo de acá para allá, busco, desesperadamente, a alguien, y esta tarde no lo encuentro. Todos se han marchado, o se han escondido... Yo quisiera jugar esta tarde con alguien. Nada me queda, sino un pájaro que vuela perdido tropezando con todo, dentro de mí. Estoy muy solo. ¿Jugamos a la “gallina ciega”, tío Adolfo? Yo me vendo bien los ojos para no ver. Es sólo un juego, avanzar hacia tí como un ciego, tocar sin ver, rozar sólo con la punta de mis dedos tu sombra... Soy un poco Tomás: necesito tocar para creer, pronunciar vuestro nombre... Ya sé que no soy un niño. Ya sé que tú no estás aquí en el estudio pintando. Ya sé que la abuela no está tendida en su hamaca; que tía Araceli, ahora, no toca el piano; que mi padre no está afinando el violín... lo sé, que no hay nadie aquí, pero quién puede impedirme que yo esta tarde llame a todos y os grite: ¡Mamá Amelia!, ¡Tío Adolfo!, ¡Tío José María!, ¡Tío Antonio!, ¡Alfredo!, ¡Araceli!, ¡María, Luis, Mariano, PAPAÁÁÁ!! ¿Quién os va a prohibir que vengáis todos, uno a uno, a asomarnos a mi ventana? Sé que no estoy solo; me acompaña en vela la pura eternidad de cuanto amo.

Tú ya sabes, tío Adolfo, lo que pasa en Priego cuando termina la Feria. Aquí, cuando levanta el vuelo el último “turronero”, vienen las lluvias y el invierno. Han pasado muchas Ferias desde que tú te fuiste. Esta casa, tampoco es la que era: hay goteras en tu estudio, tu paleta dialoga con una gota de agua, aquel boceto del viejo, que dejaste esbozado, aguanta el polvo y la humedad, sin rechistar palabra... Tu estudio no es el mismo que era: no quedan sobrinas que limpien el polvo, los pinceles contemplan a una hermosa telaraña, la polilla roe la madera de tu armario... Más que tu casa y la mía, este viejo caserón parece un barco abandonado en la escollera de un puerto: escombros, cortinas viejas, baules deshechos, hierros retorcidos, papeles arrugados, sombreros, trozos de tela... Todo parece un naufragio. No queda ningún superviviente: despojos, chatarra, vacío y silencio. En el patio, haciendo frente a las diez columnas de piedra, la palmera de siempre, ella sola se mece al compás del viento. Es como una plegaria: ¡nos estamos muriendo por los cuatro costados!

Si hasta aquí te he hablado de tu casa, ahora, quiero hablarte de tu pueblo. El PRIEGO de tu alma que dejaste hace, ahora, cincuenta años, era aquel pueblo serrano, blanco como la nieve, digno de cogerse a hombros y plantarlo junto al mar. ¿Recuerdas el paisaje periférico que tantas veces pintaste?... azules, pardos, verdes olivas, violáceos, grises y sienas, tostados, más azules, blancos y más blancos... La Tiñosa sigue donde siempre, más esbelta, más altiva y más sabia. Es nuestro fiel vigía en las tormentas. La sierra de Leones, igual de azul, pero con algunas canas blancas que le han salido, por los nuevos cortijos nacidos. Las Angosturas es el milagro de la multiplicación de la piedra en arte. Si recorres conmigo el Adarve, verás que la Vega es una alfombra verde con un prodigioso bordado en oro por el trigo y los girasoles. Si subimos a la “Era el Carnero”, o vamos por “La OLLA”, te reafirmarás en dos cosas: los hortelanos de este pueblo son orfebres de la tierra y que el agua de este suelo es generosa y piadosa al mismo tiempo. Aquí todo es como una noria que gira al compás del sol, del viento y sin horas...

Pero el paisaje urbano, sí que ha sufrido cambio... Ha sido una larga enfermedad que viene de muy atrás. Todo comenzó por un simple empacho de cemento y hormigón, pero ha removido todas las entrañas de este pueblo. No ha quedado en él parte sana. Tendría que hablarte de calle por calle y casa por casa: portadas, balcones, esquinas enteras, han sido amputadas. Ni siquiera se ha salvado tu barrio preferido: La Villa, por donde te gustaba tanto pasear. Ya no existe aquel Manolico que subía con su piara de cabras por el “BAJONDILLO”. Tampoco nadie por la calle “Jazmines” o, la “Plazuela San Antonio”, pregona con el burro cargado “Los Asesillos”... Hasta las bellas torres de nuestras Iglesias se han perdido. La voz de sus campanas ya no llega, y es imposible divisarlas desde ninguna azotea. Ocho torres tenía Priego, ya le quedan sólo seis. La Virgen de la cabeza fue descuartizada y San Juan de Dios está en peligro de caerse. No te hablo de la arboleda de la Fuente del Rey... Todo es una pena.

Lo único que pervive idéntico, intacto a lo de antes, es el prodigioso milagro de sus gentes. Esta tierra produce buena gente. El secreto, tal vez, sea el agua. El agua de “La Salud” quita la sed y aumenta la bondad. Otros, dicen que el secreto está en el viento. ¿Recuerdas tú, aquella gitana “Canastera” que pintaste?. Los cuatro nietos que hoy le viven son idénticos. Ahí están ellos, vestidos de pontifical, como sus abuelos, haciendo tratos. Dos nietas de aquel “Velonero”, venden hoy quincallas en la Plaza. El



Patio de la casa de la familia Calvo-Lozano

Catálogo viviente de aquellos tipos sigue vivo en los rincones y plazas de tu pueblo.

La magia de tu pintura fue conseguir trasladar al papel, o al lienzo aquellos seres pequeños y sencillos. Y la genialidad tuya, como pintor, consistió en plasmarlo de la manera más pura: nadie se sintió herido, ni perdió su dignidad. Con tanto amor los pintaste a todos: a parados, vendedores, gitanos, niños, ancianos, picapedreros, borrachos, taberneros... que supiste elevar su figura a la categoría de lo universal. ¡Qué bien miraste a estos paisanos! Tus ojos eran ese rincón de luz donde los hombres encuentran cobijo, calor y asiento. No huían de tí, al contrario, se entregaban docilmente. Se conoce que frente a tí, ellos se sentían más personas, porque al mirarlos tú con esos ojos, ellos comprendían que tú les pedías un poco de asilo. Nadie ante tus ojos se sintió solo o a oscuras.

Pero tu sabes, tío Adolfo, que la pintura no es nada, si no existen unos ojos frente a ella capaces de mirarla y contemplarla. "No hay pintura sin expectador" —que decía por tus años Ortega—. La pintura es siempre cosa de dos: quien la pinta y aquel que la contempla. Aquí reside lo más trágico del arte; la inmolación del artista. Una vez, terminada la obra y el pintor la firma, en ese preciso instante, pierde la propiedad del cuadro. La obra de arte pasa a merced del que la contempla. El desfile de miradas va a ser una auténtica batalla: desde quien pase y no la mire, hasta aquel que mire con malos ojos. Una misma pintura puede sugerir miles de evocaciones. Aquí reside la grandiosidad de la obra de arte. Pero lo que nunca podrá hacer ningún expectador es añadir nada a la pintura, o extraer del lienzo lo que la pintura no tiene. Mucho menos, sacar provecho del Arte. Esto es una profanación por muy sublime que sea el mensaje. Viene a cuento todo esto, de miradas poco limpias que se han hecho de tus cuadros. Se han vertido juicios que exceden a lo que es pura y simple pintura. Se han escrito frases sobre tu persona que manchan tu nombre y hieren tus más nobles sentimientos. Decir de tu obra pictórica que entronca con el naturalismo de Pérez Galdós y Zola; que tú hiciste claras manifestaciones anticlericales; que adscribiste tu paleta a un compromiso ideológico-político... ¿Tú un revolucionario? ¿Anticlerical, Tú?... Yo que he tenido el privilegio, no sólo de ver toda tu obra pictórica, sino de releer tus cartas personales, tus papeles íntimos, tus secretos más hondos... puedo afirmar que tú no eres "ese" que quieren algunos. Politizar el arte es prostituirlo.

Lo que pasa, tío Adolfo, es que estas cosas no podemos tomarlas en serio. Esta clase dirigente que hoy tenemos en España son como aquellos nuevos ricos que tú pintabas a primeros de Siglo. Pero con una diferencia: éstos de ahora son algo más vanidosos. Han llegado a creerse que son ellos los "inventores" de la cultura. Hasta ahora, según parece, no se había hecho cultura en España. Cualquier ocasión es buena para repetirlo. Es una verdadera pesadez. Ocurre que, toda su vida sin ver nada y de pronto lo ven todo de golpe. Se ponen cursis y tan petulantes como aquella rancia burguesía que tanta risa te daba, pero con otra diferencia: aquellos, al menos, eran gente educada.

Tu pintura, yo la contemplo de otra forma diferente: tus cuadros son un puro juego, un jeroglífico, un laberinto de colores, una travesura de líneas, un enigma en la sombra... siempre te guardas una carta en el sombrero con un guiño, una pregunta, una incógnita o una duda. Fuiste un mago. Fuiste capaz de pasar tu mano por el papel o el lienzo para que saliera arte como palomas... No es necesario entender para mirar tu obra, basta con saber contemplar para admirar tu prodigio. Toda tu pintura es tan diáfana, tan directa, tan transparente, que lo mejor para gustarla es tener un corazón de poeta. Quien quiera saborear un cuadro tuyo, que le pida prestados los ojos a un niño. Tu pintura es así de simple. Pintaste para el pueblo. Unos cuadros son una sencilla parábola y otros, un puro acertijo. Este fue tu lenguaje y tu grandeza.

Quiero terminar por hoy. Ya, es de noche. Hace frío en la casa y no queda leña para la lumbre. Flota un hondo secreto en el espacio. Hay silencio. Sólo estoy yo con tu sombra. Más que una casa, parece todo un sepulcro vacío. Aquí me tienes, afanado, recogiendo los despojos de todos, recogeré también vuestro aliento esparcido por todos los armarios y rincones de esta



Día de campo con la familia

querida casa. Las cosas están donde cada cuál las dejó, pero cada objeto me hiere y me daña. Os fuisteis todos con lo puesto. Yo, mientras, recogeré mis cosas, prepararé mi equipaje y aguardaré desperto la hora de la partida. Mi espera resultará más fácil. Pienso seguir repasando tus carpetas y tus dibujos, seguiré mirando tu pintura hasta aprender a ser HOMBRE del todo. Bajo la piel de tu pintura, tío Adolfo, subyace la piel del HOMBRE que fuiste. Yo lo palpo y lo percibo. Pintar, para tí, no fue nada fácil, pese a que algunos piensen lo contrario. Fue muy difícil conquistar aquella cumbre. Me consta que moriste con la conciencia de no haber alcanzado lo que tú querías. Viviste como hombre auténtico. Te costó: sangre, sudor y lágrimas. Lo sé todo. Pero pintar, no fue para tí otra cosa, que la mejor manera de ser HOMBRE. Fuiste tú mismo: el irrepetible Adolfo. Honesto en tu trabajo. Amable con todos. Te atraía la belleza toda y el dolor del mundo como algo tuyo. Sorbo a sorbo supiste apurar la copa de tu soledad. Tanto amaste a los tuyos, que vaciaste tu arte en ellos. Caminaste por la vida mirando de frente y siempre a la cara. Fuiste frágil con los niños y con los viejos. Amaste lo sencillo y cotidiano. Gozaste dando eternidad a cada instante. Creciste como hombre, sin ahogar al niño travieso que vivía dentro de tí... Cuando alguien, de muy pequeño, te señalaba con el dedo el nombre de las cosas: "mira qué pájaro, qué rosa, qué azul está el mar..." tú no dejaste de mirar al paisaje para mirar solo al dedo. Sabías mirar. Supiste descubrir que detrás de cada cosa está Dios mismo. Fuiste un gran creyente. Un hombre bueno. ¿Qué más cosas puedo decirte?

Mientras contigo hablo, desde esta torre alta de tu casa, aquí en tu Estudio, mi corazón tartamudea al pronunciar tu nombre: ADOLFO. Déjame que, tendido en esta noche, avance como un río hasta llegar a tí, tú, que andas por las estrellas. Déjame decirte una cosa al oído, ahora que no estamos más que tú y yo. Tú, que aún sigues el vuelo de la Belleza más pura, ahí por el espacio... dime una cosa tan sólo: ¿acaso, cuando tú pintabas en este mismo lugar, hace sesenta años, soñaste que tu savia derramada en otras sangres, florecería dentro de mí, con tanta fuerza? Déjame decirte: gracias. Quien siembra arte en la vida cosechará espiritualidad. Gracias por tu vida y por tu ejemplo. Gracias por cuidar de mi padre cuando se quedó huérfano. Gracias, en fin, por este rato de silencio que tanto conforta.

Adiós, tío Adolfo. Saludos a todos.

Un fuerte abrazo.

José María Calvo Serrano

BLANCO Y NEGRO



ILUSTRACIONES

Adolfo Lozano Sidro combinaba admirablemente su condición de pintor al óleo con la de ser un dibujante de excepción y sin descuidar sus óleos ni otras variantes de la pintura dedicó muchísima de su producción —cerca de mil obras le podemos contabilizar— a ilustrar con acuarelas o dibujos, novelas, poesías, cuentos, etc. que, de los más importantes escritores del momento, publicaba por capítulos, la revista “Blanco y Negro”.

Aparece la primera ilustración en prensa en la revista “Blanco y Negro” de fecha 25 de Mayo de 1896, número 264, ilustrando la composición “Amor que mata”. En los años 1902 y 1904 gana los concursos de portadas a color que organiza “Blanco y Negro” y entra con todos los honores como colaborador fijo en la nómina de la revista.

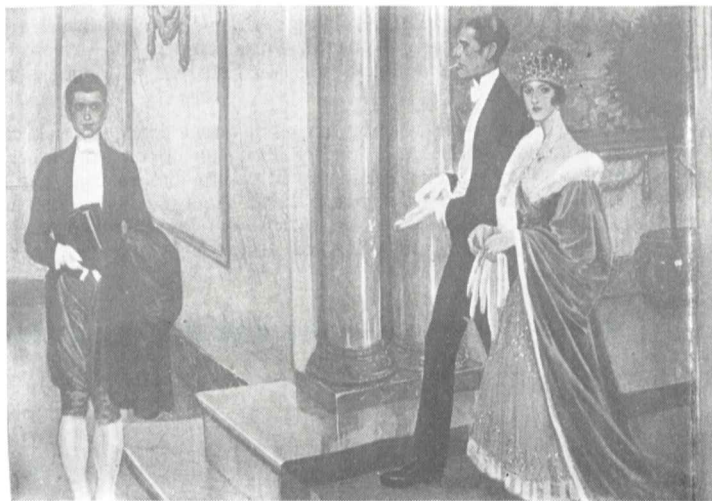
Con Don Adolfo, Narciso Méndez Bringa, Angel Díaz Huertas, Tomás Muñoz Lucena y tantos otros, la ilustración deja de ser un género chico de la pintura y empieza a ser cultivada por los más grandes pintores del momento como había sucedido en Francia.

Como muestra de esta labor de gran ilustrador reseñamos algunas de las muchísimas obras ilustradas por él en “Blanco y Negro”: “La Annunciata” de M. Maryan que consta de 36 dibujos. “La Gloria” de José Ortiz de Pinedo. “La tierra” de J. Aguilar Catena. “Basta” de Eduardo Marquina. “El nido de aguzanieves” de Selma Langerloff. “Fraternidad” de José G. Acuña. “La Novia” de Wenceslao Fernández Flores. “El destino de Juan Ignacio” de Luis Portal. “Eduardo y su vecina” de Juan Ignacio Luca de Tena. “Las tres reinas magas” de Mauricio López Roberts. “Ilusiones” de M. Maryan...

EL MUÑECO

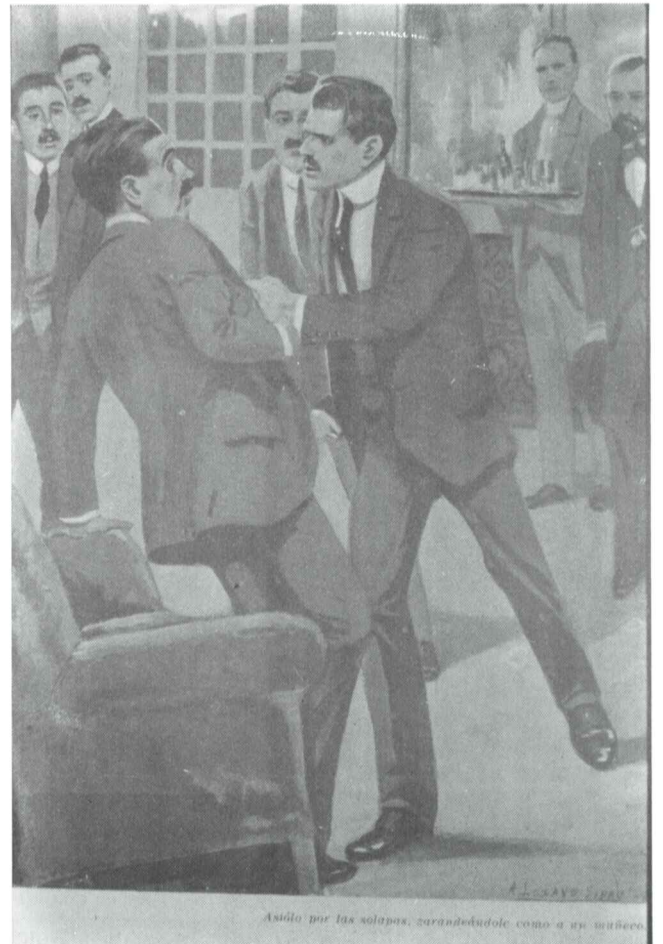
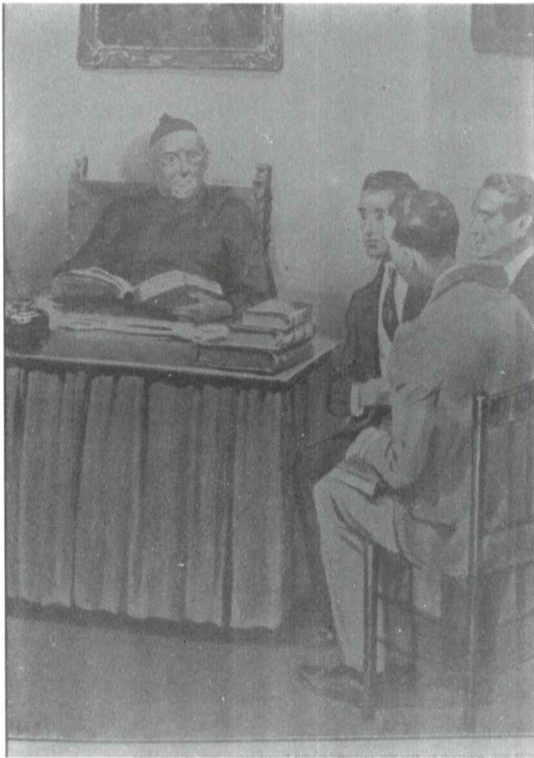
POR MAURICIO LÓPEZ ROBERTS

os reuníamos todos en la amplia chascar incesantes las gotas de la lluvia. Sin verando del halago de la lumbre, que la, sentíamos a la neblina rodearnos, hundirnos en la campana, en alta llamarada, el espesor profundo de sus velones, que parecía se- negro. Allí estábamos hasta la hora pararnos del mundo vivo. De pronto, *Leal*, el fa- mado en rústicos bancos, en ruc- mioso perro de Manolo Puenteviego, que dormía arlando unos de los lances de la ante el hogar, se alzó estremecido, con los pelos de

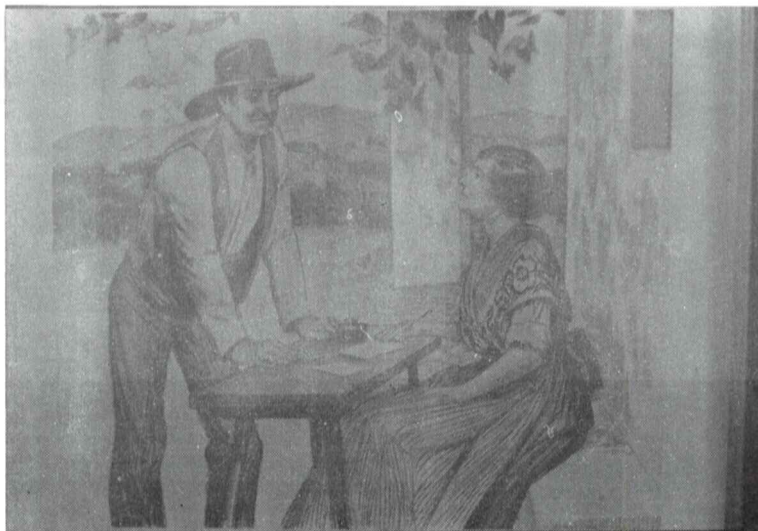




—¿Dh. le tiene usted escrito por detrás?



Asílo por las solapas, garantizándole como a un muñeco



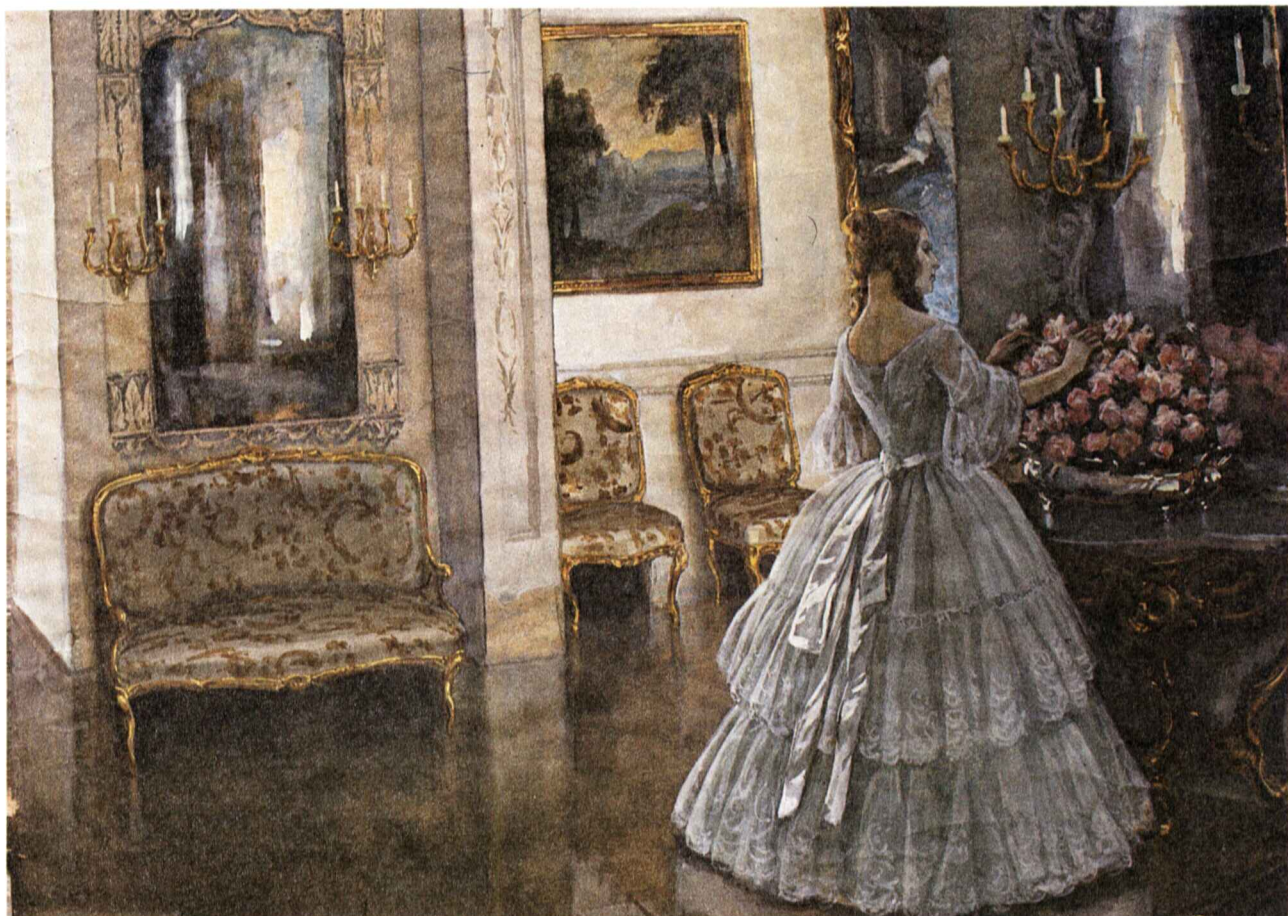




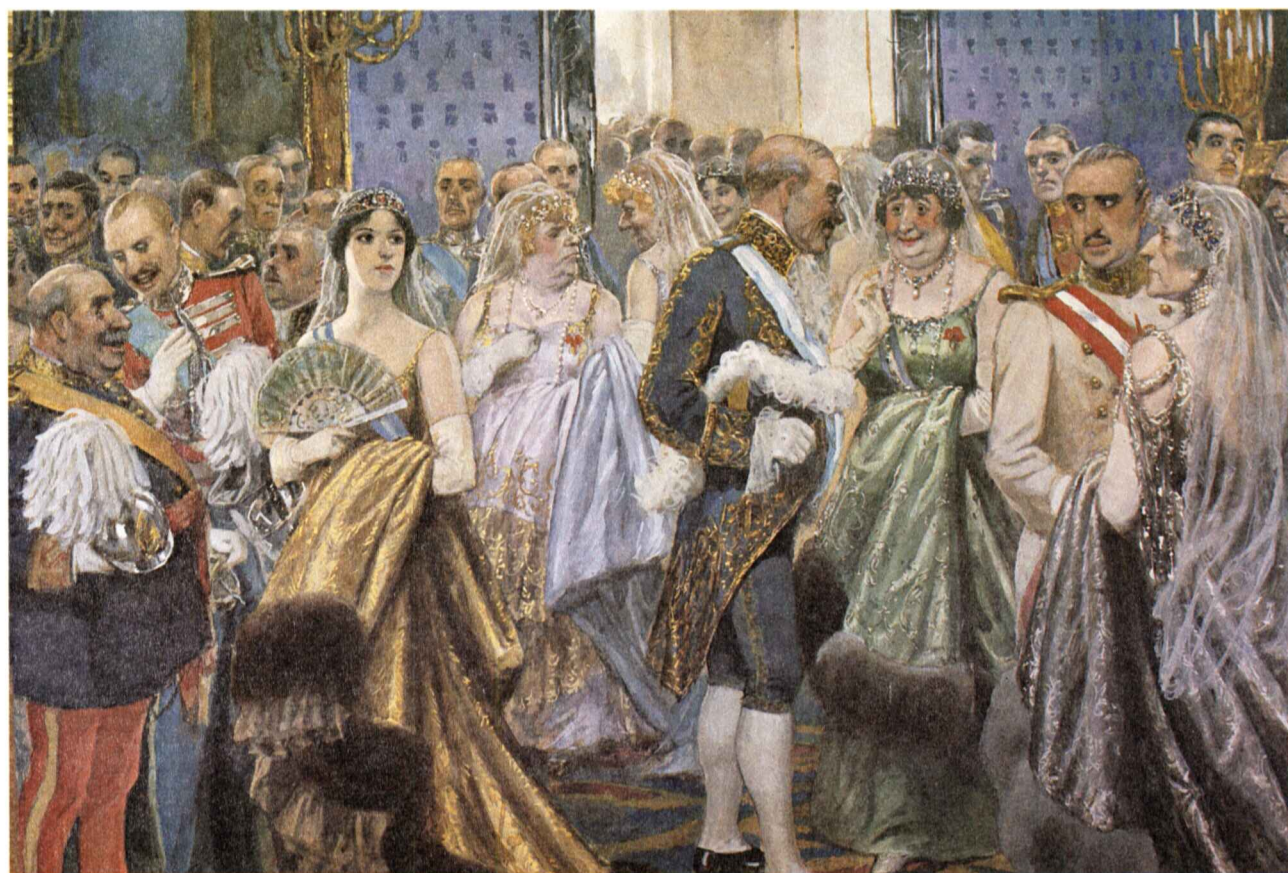
El moro



Tomando Rapé



En el salón



El baile



Homenaje



Tertulia en el café



En la Feria de Priego



Parados



Comercio



Bailarina

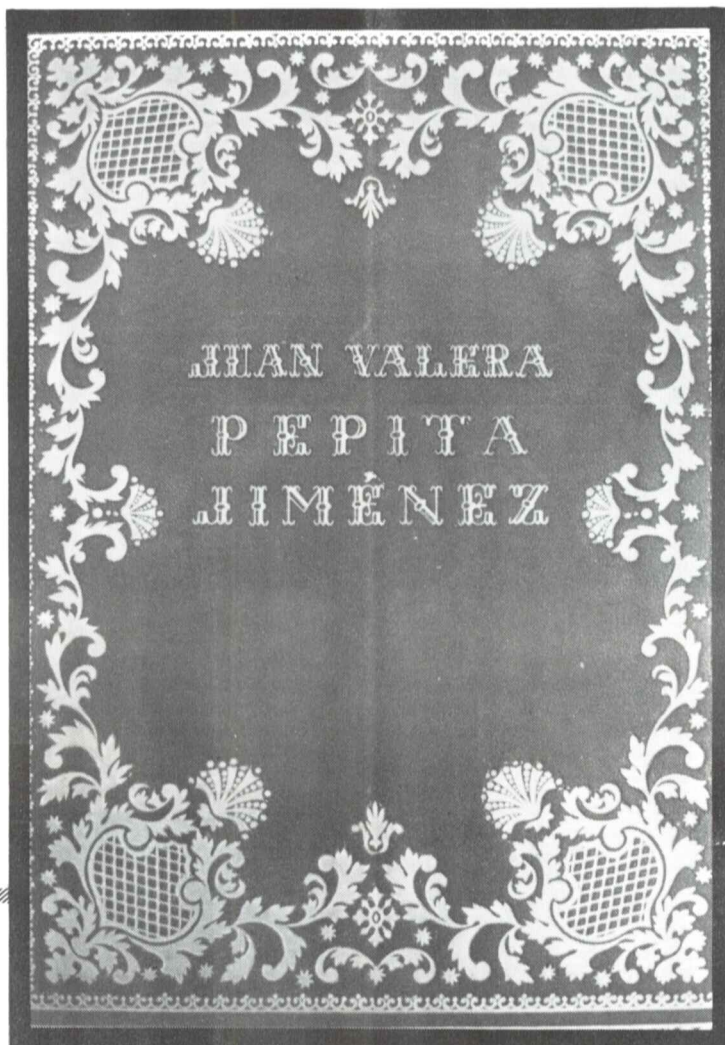


Paseo de Rosales



Saliedo de misa

Pepita Jiménez



En 1.873 se publicaba la obra de D. Juan Valera y Alcalá Galiano "Pepita Jiménez" que sería una de las más representativas de la novela española del siglo XIX. Novela psicológica que plantea la lucha interna que mantiene el joven seminarista D. Luis de Vargas entre seguir la que hasta ahora había sido su vocación —el sacerdocio— o el matrimonio, con una joven viuda que conoce en su pueblo al venir de vacaciones y a la que pretende su viudo padre D. Pedro de Vargas.

En 1920, Carmen, la nieta de D. Juan Valera pretende reeditar la obra en una edición especial y de lujo. La editorial escogida es Espasa-Calpe y para darle más realce y esplendor compromete a nuestro ilustre paisano D. Adolfo Lozano Sidro para que prepare unas acuarelas que la ilustren.

Por estas fechas nuestro paisano D. Adolfo era ya uno de los mejores o quizá el mejor ilustrador de los que publicaban en la prensa española.

Desde que en 1898 publicara su primer dibujo en la Revista Blanco y Negro hasta este momento se había convertido, además de un pintor y un dibujante de excepción, en un hombre con una sensibilidad exquisita para captar y reproducir la realidad con todo lujo de detalles.

D. Adolfo sentía por D. Juan Valera una gran admiración e hizo todo lo posible por identificarse plásticamente con los retratos que de los personajes había realizado D. Juan en su novela. El gran pintor de Priego, captó el mundo literario de la novela e hizo un prodigioso retrato costumbrista a través de las veinte acuarelas que preparó.

Supo retratar a Pepita, graciosa y bellísima, discreta y nerviosa, recatada o amorosa según las circunstancias. Trazó unos estupendos retratos, tanto físicos como psicológicos, de los principales personajes y supo componer una ambientación con gran número de detalles en estancias, muebles, vestidos y arquitectura así como de los alrededores del vecino pueblo de Cabra que conocía bien por haber vivido en él de pequeño y por la proximidad de Priego y el parecido entre ambos.

Mirando atentamente estas acuarelas se aprecia la exquisitez y el detallismo que D. Adolfo imprimía a sus obras y la perfección con que en pequeñísimos espacios pictóricos introducía infinidad de detalles que hacen de todas ellas obras plenamente acabadas. Supo D. Adolfo en su pintura al óleo, pastel y acuarela, captar a la perfección tanto el alma de sus personajes como todo el entorno que les rodeaba y ese entorno aparece retratado en sus más mínimos detalles y con una perfección maravillosa.

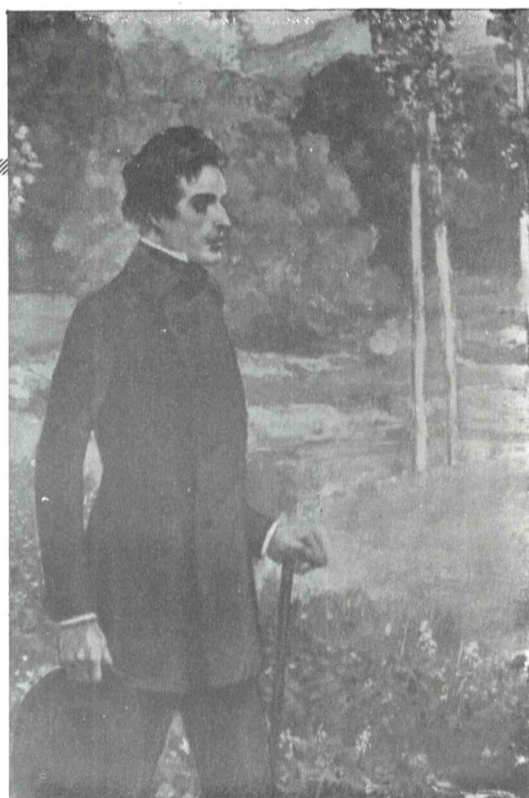
Al remitir D. Adolfo un ejemplar de la obra de Pepita Jiménez al que era director de Blanco y Negro, D. Torcuato Luca de Tena, recibió la siguiente nota: "...Mi enhorabuena más sincera por las maravillosas ilustraciones con que usted ha enriquecido la obra de D. Juan. No puede hacerse nada mejor, más artístico ni más ajustado al ambiente y a la creación novelesca del autor".

Sirvan estos apuntes para que sus paisanos vayamos conociendo y valorando a D. Adolfo en la medida en que se lo merece.

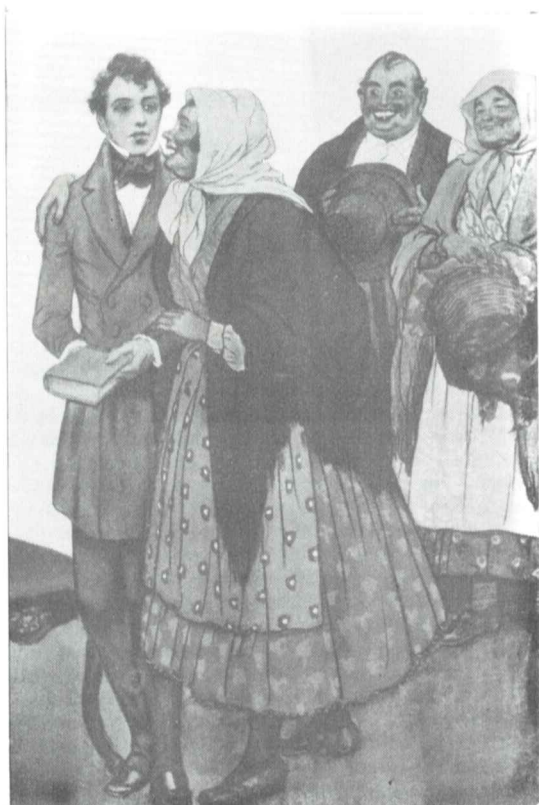
José Gutierrez López



Pepita Jiménez. Joven, agraciada, elegante, viuda y rica por la herencia recibida de su tío y también marido el viejo D. Gumersindo.



D. Luis de Vargas. Joven seminarista de 22 años que ha sido educado en el Seminario bajo los cuidados y consejos de su tío el Deán de la Catedral, para hacerse sacerdote.



D. Luis, el seminarista, antes de recibir Las Ordenes que le consagrarán como Sacerdote, ha vuelto de vacaciones a casa de su padre. Criados y trabajadores de la casa de su padre que le trataron de niño vienen a saludarlo y a demostrarle su afecto.



Una mujer allegada a la casa de D. Pedro obsequia la venida del joven D. Luis con un rico mojicón.



D^a Pepita como viuda joven y rica entretiene su ocio dando rienda suelta a sus devociones piadosas y mantiene en su casa un Oratorio Privado que adorna con flores del tiempo cortadas en sus patios y jardines.



D^a Pepita leyendo en una estancia de su casa, un libro piadoso, sin duda.



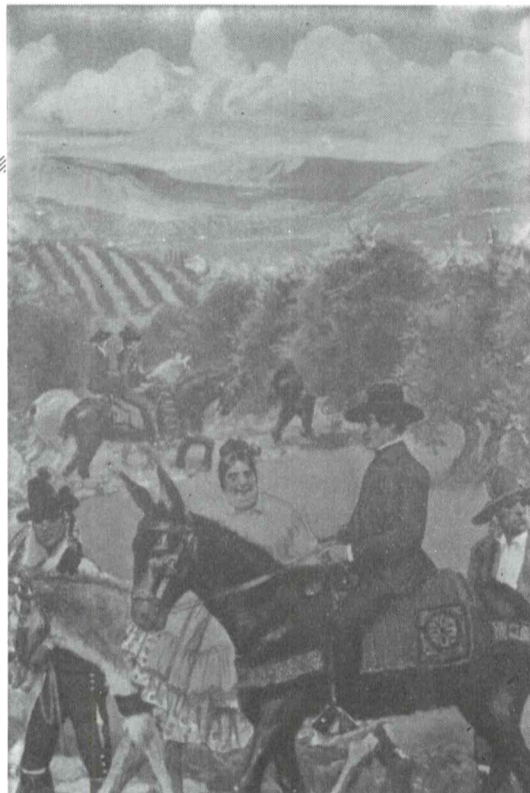
Merienda campestre que organiza la tertulia de los señoritos con objeto de saborear las primeras fresas cosechadas. En ella se encuentran: D^a Casilda, madura y rechoncha. El Vicario del lugar. D. Pedro de Vargas. D. Luis de Vargas. Currito y la joven D^a Pepita que se siente atraída por D. Luis, joven y culto.



Pepita camino de la iglesia. Pocas salidas realiza Pepita a no ser a la Iglesia. El pueblo llano admira a la joven viuda y la observa atento al verla pasar. Mujer que blanquea su fachada y mozos jóvenes la miran complacidos.



Romería al Santuario de la Virgen de la Sierra. Devoción muy sentida y cumplimiento de promesas que se observa en los pies descalzos con que suben hasta la Virgen.



Paseo a una finca del término de Doña Mencía. Es invitado D. Luis y al no saber montar a caballo va junto a D^a Casilda en una mula. El resto de los acompañantes va a caballo. Esta circunstancia hirió el amor propio varonil del joven.



Durante ese paseo al campo D^a Pepita y D. Luis buscan el encontrarse a solas. Los dos se atraen y tratan de manifestarse sus sentimientos.



Fiesta Infantil de Pascua. Los niños del lugar protagonizan la fiesta siendo el centro de atracción, atenciones y regalos por parte de los mayores.



D. Luis de Vargas aprende a montar a caballo. Se observan las calles de Cabra con el sabor y el estilo propio de esta bella ciudad cordobesa.



D. Pedro de Vargas Padre del joven Luis. Hombre maduro, rico, viudo, conquistador y a la vez pretendiente de D^a Pepita. recibe información de su aporador de la marcha de las faenas del campo en esa época del año.



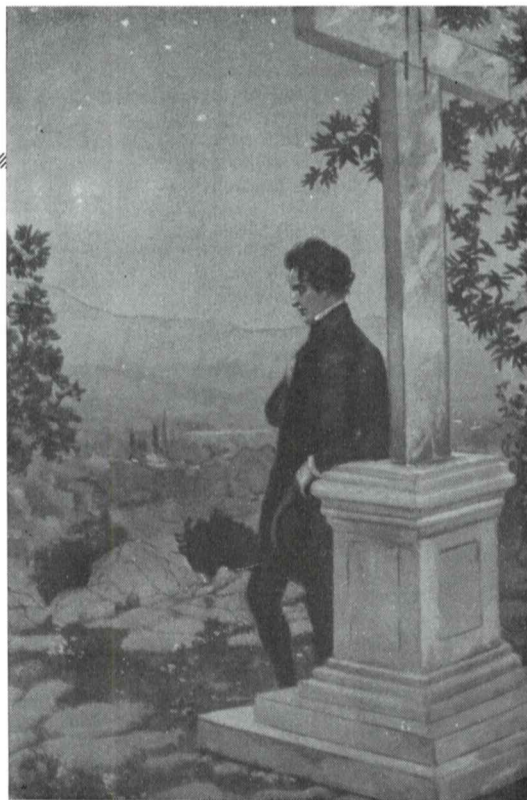
D. Pedro al estar ocupado ese día no asiste a la tertulia en casa de D^a Pepita. D^a Pepita aprovecha la ocasión y puesto que ella prefiere al joven más que a su padre se lo empieza a demostrar arreglando mimosa y coqueta el corbatín del joven.



D^a Pepita y el viejo Vicario. Ella enamorada ya plenamente del joven seminarista pide consejo e intenta descargar su conciencia de la culpa que siente por apartarle de su vocación sacerdotal y por preferirle a su otro pretendiente D. Pedro —padre de D. Luis—.



Antoñona. La fiel y vieja criada de Pepita. D. Luis escribe a su tío el Deán contándole el cambio de sus sentimientos y sus intenciones de dejar la carrera sacerdotal por el amor que va sintiendo por Pepita. Antoñona arregla una cita entre ambos jóvenes enamorados.



D. Luis de Vargas reflexionando. Trata de decidir entre el amor que ya siente por Pepita y su vocación al sacerdocio. ¿Puede ser este paisaje el Calvario de Priego?.



D. Luis y D^a Pepita se confiesan su mutuo amor manifestado en ese abrazo superadas ya todas las dudas e indecisiones.



Fiesta de la Boda. D. Luis y D^a Pepita celebran su matrimonio y sus amigos y conocidos lo festejan a la costumbre española y andaluza.



El escultorcito (óleo sobre lienzo)



Mulata (óleo)



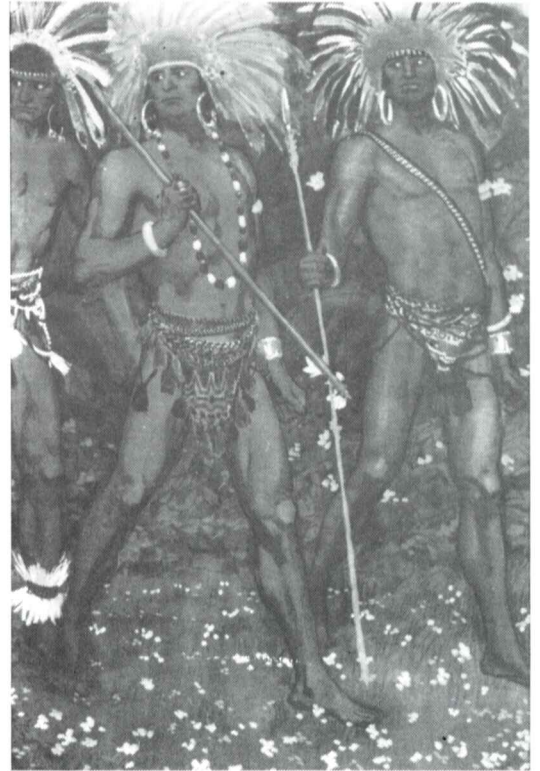
En el circo (guache)



Santa Teresa a los pies de Jesús. Boceto original del cuadro premiado en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1897, dicho cuadro fue adquirido en Méjico para una iglesia



**Dama y Caballero
con traje de época**
(guache)



Indios
(guache)



**Moro tocando y
Hombre con
sombbrero**
(guache)



Priego en Córdoba

La Exposición de Adolfo Lozano Sidro

Por Angel Aroca Lara

Al Sur, muy al Sur, en los confines de esta Córdoba, lejana y sola ya, Priego se me antoja una ciudad plácidamente adormecida en su retiro: quieta, como lastrada por el peso tremendo de su historia, indolente sobre la mullida hojarasca de su arte y callada por sabia. No concibo que nada pueda sustraerse al abandono en aquella hermosura de sierras y olivar, donde hasta el agua, a fuerza de cantar en las fuentes, aprendió a oler a agua.

Cuando viajó a Priego, tomo conciencia del carácter falaz de mi prejuicio. Evidentemente su ritmo es normal e incluso acelerado en las mañanas de mercado o las tardes festivas. Sin embargo, a mi vuelta, todo lo estridente, lo inquietante, lo bullanguero, lo hirientemente vivo se desvanece en la distancia. En Córdoba, sus ecos me llegan débiles, como exhaustos por el esfuerzo de atravesar la Campiña. Aquí, solo guardo un regusto de quietud, armonía y silencio.

El último Viernes Santo, frustré el destino de un hornazo para alentar mi fantasía. Por ahí anda. Es una pequeña gallina de pan con grandes ojos de pimienta y cresta de fieltro chamuscado, tan maravillosamente anacrónica, tan impropia de los tiempos que a la carrera corren, que parece cocida en horno de clausura. Seguramente ni los hornazos, ni el turrolate, ni el refresco de almendra son cosas de esta época; son sueños de canela de una ciudad dormida entre sus montes, donde se hizo el silencio porque cantaba el agua, donde se para el viento al abrir el jasmín, y donde el sol se rompe en mil pedazos de cal reverberante cada día.

Aunque Priego es esto y mucho más, éste es mi Priego. ¡Qué le vamos a hacer! Los hombres somos tan amigos de poner etiquetas que hemos catalogado casi todo. Se trata, sin duda, de un mecanismo de autodefensa por el que pretendemos vanamente acomodar el medio a nuestro peculiar modo de ser. Tenemos nuestra idea preconcebida de las cosas e incluso de las personas. Esperamos que éstas sean y se comporten tal como las hemos imaginado. No es extraño que nuestra vida sea un auténtico rosario de sorpresas.

Priego —los prieguenses lo saben muy bien— no es solo esa bella durmiente del Sur, por más que algunos nos empeñemos en creerlo; es una ciudad vieja, eso sí, pero extraordinariamente viva. Generalmente no sigue el juego y se finge dormida, mas, de vez en cuando, se sale del papel que le hemos asignado y nos asombra con su vitalidad.

Hasta Granada y Rascafría llegaron los delirios barroquistas del genial lucentino-prieguense Hurtado Izquierdo. El propio Napoleón Bonaparte se dejó seducir, y con él aquel cortijo suyo que fue la Europa de principios del XIX, por el correcto academicismo de Alvarez Cubero. Otro prieguense, don Niceto Alcalá-Zamora y Torres, encarnó las aspiraciones republicanas de una España que buscaba con ansia su salvación. Son éstos algunos de los gritos con los que Priego, la ciudad callada del Mediodía, ha sobresaltado a España y al mundo. Algún día, también el Sagrario de la Asunción alcanzará la resonancia universal que le corresponde, pues el arte de Francisco Javier de Pedrajas puede ser cualquier cosa menos local y limitado.

Priego, esencialmente discreta, no es proclive al alarde. Solo ocasionalmente, cuando en su sabiduría lo juzga necesario, llama nuestra atención.

Este año, unos cursos que nacieron pensando en Priego y para Priego, sin duda el más barroco de los pueblos cordobeses, alteraron su rumbo —estoy plenamente convencido de que nadie lo quiso—. La respuesta no se ha hecho esperar.

En la galería alta del patio principal del Palacio de la Merced y dentro de los actos del congreso internacional sobre "El Modernismo español e hispanoamericano. Sus raíces andaluzas y cordobesas", se expone una importante muestra de la producción de



Dama con pamelá

Adolfo Lozano Sidro. Son óleos que Priego guardó durante años en la penumbra recatada de sus casas, "guaches", dibujos y acuarelas conservados celosamente por la familia del pintor. Muy pocos sabían de su existencia. Los cuadros que hoy causan admiración en Córdoba constituyen, sin duda, uno de esos tesoros ocultos con los que Priego, llegado el momento, gusta de sorprendernos.

Efectivamente, la sorpresa ha sido la reacción generalizada de los visitantes de la muestra. El ilustre prieguense que, a los cincuenta años de su muerte, asombra a congresistas y cordobeses en general era, como tantas cosas de su pueblo, prácticamente desconocido en la capital de la provincia. Muertos ya los que vivieron el éxito de su exposición del Círculo de la Amistad en 1892, olvidadas las noticias de prensa que se hicieron eco de sus triunfos en los certámenes nacionales y en las galerías madrileñas, roídas por los ratones las bellas portadas de "Blanco y Negro" que ilustró primorosamente, Adolfo Lozano Sidro ha constituido una auténtica revelación para el gran público de Córdoba y nos ha

emocionado vivamente a quienes ya conocíamos algún destello de su arte.

Así, con la fuerza que sabe hacerlo y en el momento preciso, Priego se ha hecho notar en los cuadros de Lozano Sidro. Tras ellos se nos revela la garra de su patria: ese sensualismo que tantas veces nos ha subyugado y que alentó la fina sensibilidad del artista. Este, aunque dejó muy pronto su pueblo, volvió a él siempre que pudo para nutrir su espíritu. Tanto le debió a su tierra que, cuando la vida era ya imposible, quiso retornar para engordarla con sus despojos.

En Priego, los ojos doblemente receptivos del niño y el artista se fueron llenando de colores y formas. Aquí, Lozano Sidro se sintió penetrado de rumores, aromas y silencios. Tal bombardeo de sensaciones le fue preparando para captar su entorno con la precisión y agudeza con que, andando el tiempo, llegaría a hacerlo.

En la exposición del Palacio Provincial, podemos ver como el artista prieguense partió del academicismo decimonónico todavía imperante en los certámenes oficiales, se dejó seducir por los delirios lumínicos y la factura suelta del Impresionismo, participó del decorativismo y el gusto por lo exótico que caracterizó al Modernismo, e incluso resucitó ambientes trasnochadamente románticos en algunos de sus cuadros de gabinete.

Como es frecuente en las exposiciones antológicas, nos encontramos obras dispares —más en temática y tratamiento que en calidad— que manifiestan la inquietante búsqueda del pintor en un tiempo en que los cambios artísticos se sucedían con celeridad inusitada. No obstante, Lozano Sidro desdeñó sistemáticamente las aventuras que habrían supuesto una ruptura ostensible con la tradición pictórica. Finalmente, metido ya de lleno en el mundo de la ilustración, encontró la que, desde mi óptica, es su línea más personal en un costumbrismo satírico teñido de denuncia y advertencia.

Es precisamente en las obras que pertenecen a este grupo donde Priego se manifiesta con más fuerza. Su tierra no solamente brindó al artista los temas y tipos populares, sino que también le ayudó a individualizar el uniformado público que abarrotaba los palcos del Real o aquella masa, de confusa complejidad, que apoyaba sus codos en los veladores de los cafés madrileños. Los

vicios y la torpeza denunciados por Lozano Sidro eran más claramente perceptibles en la tertulia franca y en las caras lavadas de Priego que tras las mil y una formas de camuflaje ciudadano. Si observamos atentamente a la quincallera de "La feria de Priego" y a la guardavirgen de "La dama con pamelá", advertimos que sus diferencias son meramente de matiz. Esas señoronas gordas y enjaezadas, que espían a su marido en el teatro o se pavonean en el baile hasta donde la ostentosa cola de su vestido les permite, no son sino versiones ciudadanas de la oronda parroquiana que pasa displicente ante el lechero en su camino hacia la iglesia. El mundano toque del maquillaje, que a duras penas ha conseguido enmascarar el bigote de las burguesas, no es suficiente para ocultar su estupidez. Aunque con más collares, son ejemplares de la misma raza.

Lozano Sidro pudo aprender de sus maestros la extraordinaria técnica que le permitió moverse con destreza tanto en la obra irrefragablemente acabada como en el abocetado cartel. De ellos pudo extraer el virtuosismo que le llevaría a conseguir, con facilidad inusitada, unas calidades en joyas y tejidos que, aunque más efectistas que zurbaranescas, son indudablemente geniales. No obstante, su habilidad narrativa, esa asombrosa capacidad para percibir y expresar lo inmediato, fue un don de Priego. Así mismo, fueron las frecuentes visitas del artista a su pueblo, las que le ayudaron a ver con más claridad la injusta situación social de su época y el peligro que ésta entrañaba. Quizás también su tierra le aportó el peculiar sentido del humor que utiliza magistralmente para zaherir y, acto seguido, desdramatizar.

La obra de Lozano Sidro lleva implícitos muchos mensajes, casi tantos como espectadores la contemplan —recuerdo la interpretación chispeante y jocosa que un guía castizo hacía, años atrás, de su cuadro al Museo de Bellas Artes ante un grupo de turistas—. Es éste uno de los males endémicos del Arte, esa plurisemia en la que casi todos pueden encontrar lo que buscan. Mirando la muestra con antojeras, puede encontrarse cualquier cosa, desde la crítica más despiadada a la hipócrita y mezquina beatería en "Camino de misa", hasta el canto respetuoso a la sincera unción religiosa que trasciende de la joven del manto rojo en "Saliedo de misa". A buen seguro, el profesor Oriol Bohigas,



Camino de Misa



Viejos aristócratas ante Cupido

catalán militante, habrá constatado esencialmente el influjo que sus paisanos Ramón Casas y Ricardo Opisso ejercieron sobre el artista, y la profesora Lily Litvak, tan interesada en el comportamiento erótico de la fémica finisecular, habrá visto retratada hasta la saciedad a aquella señora de la "belle époque" cuya decencia se fundamentaba en no haber gozado jamás de un orgasmo. Es más, hasta el espíritu errante de Tórtola Valencia, que vaga estos días por los salones del Palacio de la Merced, puede haber encontrado un socorrido asidero material en el primoroso arabesco de "La bailarina". Todas estas reales o hipotéticas apreciaciones, y muchas más, podrían extraerse de la obra de Lozano Sidro, que duda cabe, pero no son sino meros accidentes derivados de la subjetividad inherente al análisis del fenómeno estético. En Arte, es bueno andarse por las ramas, porque ello redundará en beneficio de la obra, pero además estamos obligados —en justa respuesta al esfuerzo del artista— a intentar llegar al fondo del mensaje.

Quizás por esa viciosa tendencia clasificatoria que a todos nos alcanza, se ha querido ver en Lozano Sidro la doble condición de paladín de los desheredados y puntillero plástico de una burguesía moribunda. Efectivamente, la fina sensibilidad del artista capta y denuncia el irritante contraste de dos realidades sociales contrapuestas. Frente al jornalero andaluz, abrumado por el paro, el hambre y la incultura, la "buena sociedad" madrileña que llena despreocupada salones y teatros, sin pararse a pensar en aquellos cuya miseria hace posible su riqueza. No obstante, la intención del artista fue más compleja y sus obras distan mucho de reflejar un fácil maniqueísmo de buenos y malos perfectamente localizados y definidos.

Adolfo Lozano Sidro fue un cronista objetivo, aunque satírico, de su tiempo. Fustigó el vicio y la torpeza donde los halló, sin distinguir de clases. Es verdad que sus dardos más afilados tuvieron como blanco preferente a la petulante burguesía madrileña, pero tampoco el pueblo llano pudo zafarse de ellos. Así, las viejas maledicentes que flanquean "Encuentro en la plaza" no, por pueblerinas y humildes, escaparon a la crítica de los insobornables pinceles del artista. Su presencia es subrayada con menos fuerza que la de las esperpénticas matronas burguesas —la Justicia, porque es justo, siempre tiende a apiadarse del débil—, pero la constancia de su mezquindad quedó en el cuadro. En "Viejos aristócratas ante Cupido", sus ridículos personajes se ríen del amor por su propia incapacidad de amar, pero lo permiten a su alrededor. Por el contrario, la pasa arrugada de "La espera" vigila, con la llave a buen recaudo, para que nadie goce lo que en ella ha muerto. Realmente, no es tan fácil separar la paja del grano y ello lo captó fielmente el pintor de Priego.

Como buen artista, Lozano Sidro fue esencialmente liberal y, por supuesto, sensible a las situaciones injustas de su entorno. No obstante, su denuncia no tuvo por objeto concienciar a los oprimidos, sino alertar a los opresores. Basta ver las miradas torvas, entre la desesperación y la amenaza, de "Parados" y "En la taberna". Los jornaleros sin jornal que el artista retrata en estas obras no son hombres hundidos y resignados a su suerte. Su intuición le avisa del peligro y, para evitar males mayores, pretende hacer partícipes de esta premonición a sus amigos, a sus parien-

tes, a los lectores de "Blanco y Negro" y "ABC", a la élite que frecuenta las galerías de arte. Vano es su intento; aquella estúpida minoría se empeña en vivir de espaldas a la realidad: banquetes, fiestas, retórica, oropel, insensatez supina. Aunque ambas cosas estén mal vistas, ni la gorda de Priego renuncia a su reclinatorio en exclusiva, ni la momia madrileña a su veraneo en San Sebastián. Lo que indigna al artista, más incluso que lo insolidario del comportamiento, es la falta de respuesta a su advertencia, la cerrazón mental de una burguesía que ni siquiera se tomó la molestia de adelantar, en unos años, el invento de Marbella. Por ello, reacciona satirizando la cretina vanalidad de dicha clase a la que sitúa, sin un ápice de piedad, en el podium más elevado del ridículo.

Entre bromas y veras, Adolfo Lozano Sidro dejó constancia del triste espectáculo que le ofrecieron sus semejantes. Sus personajes son, por lo común, mezquinos e interesados. "El comercio" es un buen ejemplo del forcejeo, de la resistencia a bajar la guardia; ni el comerciante ni la cliente están dispuestos a ceder un ápice, su estrategia, aunque diferente, persigue un mismo objetivo: la defensa a ultranza de los propios intereses. Esta visión amarga del ser humano es una constante en la obra del pintor prieguense. No obstante, el artista suele dejar algún resquicio abierto a la esperanza. Como Rousseau, piensa que la maldad del hombre es una consecuencia de su incardinación en la sociedad. Los cortijeros, menos contaminados, son mejores que los habitantes de la ciudad y los jóvenes, sin duda, lo mejor de la especie. En este mundo de lobos, ha de haber forzosamente víctimas, bien colectivas, como en "Picapedreros" y "Parados", o individuales, como en "El dolor del viudo" y "Felicitación a la novia". En ocasiones, la víctima ni siquiera aparece, pero su tragedia pesa en el cuadro, tal es el caso de la encerrada de "La espera".

En la obra de Lozano Sidro, es bastante frecuente la presencia de una mujer joven cuya belleza contrasta con los rostros esperpénticos de las cacatúas de su entorno. Podemos verla en "El baile" o "Los palcos del Real". Discretamente destacada, suele estar desprovista de joyas, ensimismada y con un leve toque de melancolía. No necesita buscar nada a su alrededor, su vida llena es como un oasis en la común vaciedad de su clase. También en la burguesía queda algo salvable. Con estas muchachas, el artista abre una puerta a la esperanza.

Soy consciente de que gran parte de la obra expuesta ha quedado fuera de este comentario. Ni siquiera he hecho referencia a la magnífica labor retratística de Lozano Sidro. Si he ceñido mi análisis a estos cuadros, ha sido porque es en ellos donde el artista muestra su estilo más personal. Confío en que mi interpretación haya coincidido con los planteamientos del pintor, ésta, cuando menos, ha querido ser completamente desinteresada.

Es de justicia felicitar al Ayuntamiento de Priego, a la Diputación cordobesa y a los organizadores del congreso por el éxito de la exposición. Con ella, Priego, ya que la Universidad no fue a él, ha venido a Córdoba y a sus universitarios. Ahora, nuestra bella durmiente del Sur callará por algún tiempo, nos permitirá seguir soñando con su sueño, pero antes o después, ¿quién sabe cómo?, volverá a despertarnos.



Encuentro en la Plaza



Parados

La Actualidad de la obra de A. Lozano Sidro

Inauguración en Córdoba
Palacio de la Merced, 13 a 31 de Octubre

En la conmemoración del 50 Aniversario de su muerte y en el marco de la apertura del Congreso Internacional sobre EL MODERNISMO ESPAÑOL E HISPANOAMERICANO, que se celebra en el Palacio de la Merced del 13 al 21 de este mes, se inauguró el Domingo 13, una antológica muestra de pinturas, óleos, dibujos y acuarelas, del pintor Prieguense Adolfo Lozano Sidro (1872-1935).

Con un numeroso público y con la presencia del Consejero de Educación de la Junta de Andalucía, D. Manuel Gracia, del Gobernador Civil D. Gregorio López, del Alcalde de Priego D. Pedro Sobrados y de D. Manuel Melero, presidente del Área de Cultura de la Diputación, quedó abierta la Exposición que los cordobeses pueden apreciar hasta el 31 de Octubre en este Palacio.

A. Lozano Sidro fue colaborador habitual en las portadas de la revista BLANCO

Y NEGRO, con dibujos alegóricos y de características típicamente modernistas; fue considerado durante bastante tiempo como "un gran ilustrador", especialmente a partir de sus dibujos para la novela de su paisano Juan Valera, PEPITA JIMENEZ. Los premios conseguidos en Blanco y Negro, le permitió dar a conocer su obra pictórica, en la cual se aprecia fácilmente una preocupación por los temas sociales, una tendencia ésta, muy propia de los pintores de Fin de Siglo.

Las acuarelas y temple que nos encontramos en esta Antológica muestra, son el retrato de una sociedad decadente en la que afloran escandalosas diferencias sociales. Lozano Sidro se convierte en un cronista de la sociedad en la que, sin una excesiva acritud, nos muestra imágenes de un "Priego en Feria", con un "Paseo de Rosales" de un Priego Histórico con "N. Alcalá-Zamora"; pero también otros cuadros, son el vivo retrato de una burguesía beata y dedicada a fiestas y teatros, ridículamente engalanada: son obras como "Camino de Misa" "Joven con Pamela", "En el Club de Polo", "Reunión Aristocrática"; frente a ésta, un pueblo llano agobiado por unas condiciones económicas que les hunden en la perpetua marginación; en este sentido son expresivos cuadros como "Los Picapedreros", "En la Taberna", "Cortijeros" o "Parados", un cuadro que muy bien puede expresar el histórico problema al que están sometidos los sectores rurales en Andalucía; problema éste que desde el cuadro y su momento histórico mantiene hasta hoy una triste Actualidad.

Para finalizar, una pequeña crítica a los organizadores de la exposición: aunque es cierto que se elaboró un magnífico catálogo sobre la obra de Lozano Sidro, preparado por el académico y pintor Francisco Zueras, el problema es que su precio está fuera del alcance de muchos de los que visitan la exposición, por lo cual muchas personas tienen que adentrarse en la pintura de Lozano Sidro, sin un pequeño folleto introductorio que les facilite conocer las cualidades de la obra de este artista prieguense; sobre todo si tenemos en cuenta que su figura ha sido injustamente olvidada y por tanto no excesivamente conocida para la mayor parte del público cordobés.

Francisco Palomar



